

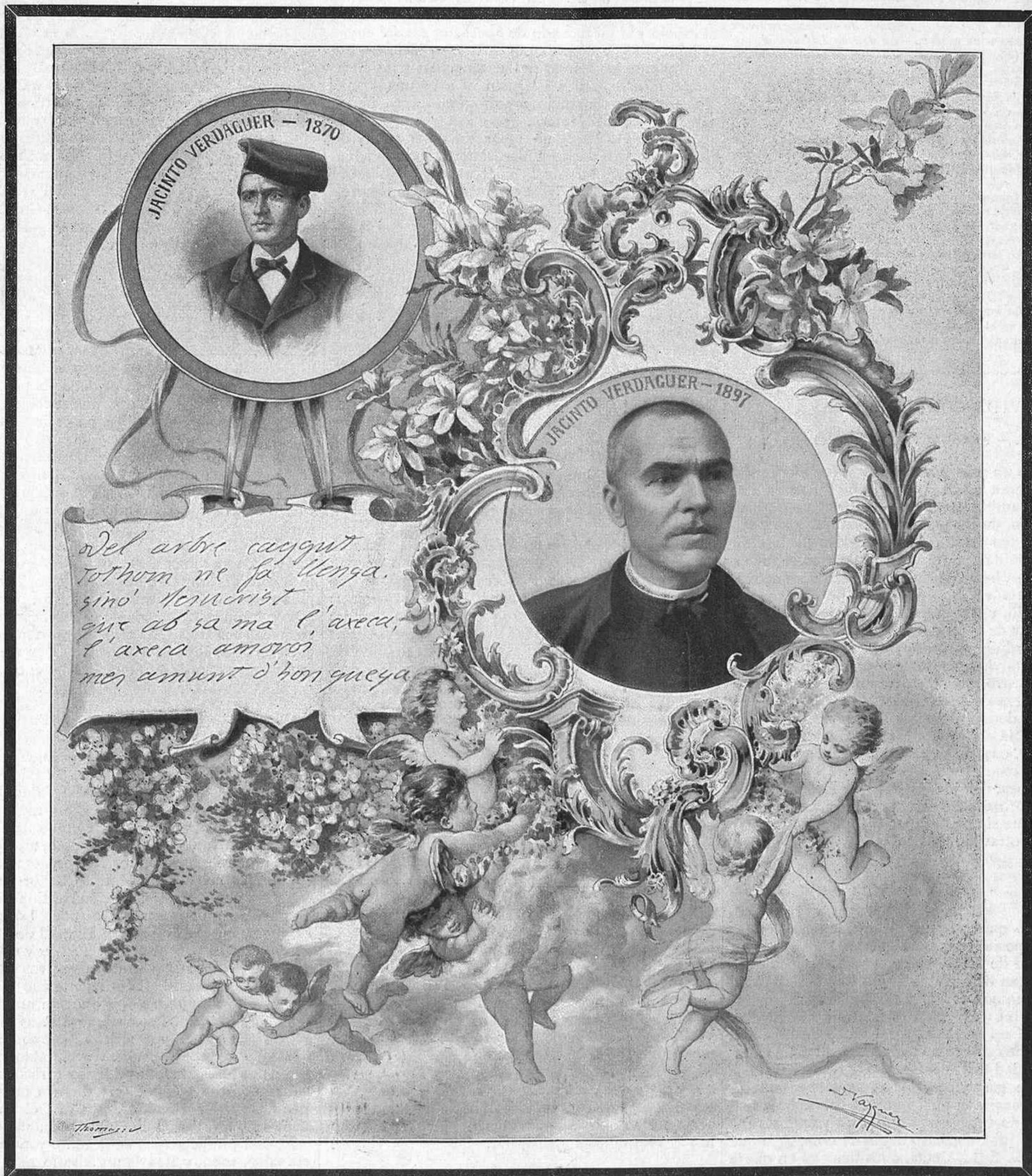
La Ilustración Artística

Año XXI

BARCELONA 23 DE JUNIO DE 1902

Núm. 1.069

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AL POETA MOSEN JACINTO VERDAGUER

ADVERTENCIA

Con el número último repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo segundo de los de la presente serie, que lo forma la preciosa novela de Bernardino de Saint-Pierre

PABLO Y VIRGINIA

primorosamente traducida por el inspirado poeta y notable literato D. Melchor de Paláu.

Esta famosísima y con razón encomiada novela, de la cual ha dicho D. Juan Valera «que en ella el pudor y el espiritismo en los amores se levantan inmensamente por encima de lo que se pinta en *Dafnis y Cloe*,» va ilustrada con once preciosas láminas y más de cien bellísimos grabados intercalados en el texto, originales de Mauricio Leloir, y está lujosamente encuadrada con una cubierta alegórica, composición de Triadó.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Poetas. Aeronautas. Trapalones*, por Emilia Pardo Bazán. — *El guitero. Cuento inédito*, de Mosén Jacinto Verdaguer. (Traducción del catalán.) — *Mosén Jacinto Verdaguer*, por L. C. Viada y Lluch. — *La capilla ardiente y el entierro de Mosén Jacinto Verdaguer*, por A. — *Nuestros grabados. Noticias de Bellas Artes y de teatros. Problema de ajedrez. La dote de Pascualina*, novela ilustrada (conclusión). — *La montaña de sal de Cardona*, por E. A. Martel.

Grabados. — *Jacinto Verdaguer*, retratos de los años 1870 y 1897. — Dibujo de Mas y Fontdevila que ilustra el artículo de Mosén Jacinto Verdaguer titulado *El guitero*. — *El eminente poeta Mosén Jacinto Verdaguer*, retrato dibujado por Ramón Casas. — Casa del pueblo de Folgarolas (Vich) en donde nació Mosén Jacinto Verdaguer. — «Villa Juana» (Vallvidrera), casa en donde falleció. — Barcelona. El público en la plaza de San Jaime formando cola para entrar en la capilla ardiente en donde estaba expuesto el cadáver de Mosén Jacinto Verdaguer. — La capilla ardiente durante la exposición del cadáver. — Salida del féretro de las Casas Consistoriales. — Tumba en donde ha sido provisionalmente enterrado el cadáver. — *Jesús y la Magdalena*, cuadro de Alberto Edelfeldt. — *Miseria*, cuadro de Luma Flesch-Brunning. — La novelista francesa *Henry Greville (Alicia Fleury de Durand)*. — *La montaña de sal en Cardona*. Gruta natural. Gran muralla en el fondo del valle. Explotación por medio de pozos á cielo abierto. — *Guatemala pintoresca. Guatemala moderna*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POETAS. — AERONAUTAS. — TRAPALONES

Ha muerto un gran poeta al morir Jacinto Verdaguer: no un gran poeta épico — lo digo con mi sinceridad acostumbrada, — pero sí un lírico de exquisito sentimiento, de un misticismo natural y sincero, fruto espontáneo del alma, no resultado del acarreo de ideas sugeridas por el crepúsculo que envuelve los espíritus en horas de duda, ansiedad y sequedad.

Mucho diría yo de Verdaguer — porque mucho tengo pensado, y algo inquirido respecto á este curioso ejemplar de la raza poética, — si no supiese que es tiempo perdido y prosa malgastada la que se dedica á aquilatar los merecimientos y el carácter de un muerto ilustre, mientras persiste y flota en el aire el olor á la cera de sus blandones. La hipérbole es entonces tan de rigor, como lo fué acaso en vida la indiferencia, la desgana de lectura y el silencio. Además, hoy, cuando se habla de Verdaguer, no se hace rigurosamente crítica literaria: se hace tal vez algo de política, algo de personalización, mucho de romanticismo; nada de estudio anatómico. Esperemos, pues; que si nos dura la vida, podremos tratar de esto y de otras infinitas cosas.

* *

Lo que no quiero omitir es un recuerdo, mejor diría una especie de remordimiento, que evoca en mí el nombre de *Mosén Cinto*. Voy á contarlo.

No sé lo que dirá ese famoso testamento de *Mosén Cinto*, que nos anuncian tan preñado de revelaciones; pero mi convicción es que el autor de *San Francisco* fué un creyente, y que su fe de cristiano y de sacerdote católico no tenía grieta ni mácula. La hermosa unidad de sus creencias era como esas fajas de Persia, de gasa y oro, que se tejen cerrándolas sobre sí mismas; y su filial sumisión á la Iglesia fué, en hombre de inteligencia tan clara y fantasía tan arrebatada y brillante, caso digno de nota, algo que pertenece á la Edad Media, á los tiempos en que la llanura de Vich se cubría de flores al paso del pobrecillo de Asís.

Por lo mismo, debió de ser muy sensible á Verdaguer la suspensión de licencia para decir misa, y

todo el tiempo que la sufrió debe figurar en primer término entre los días de prueba. Así lo creía yo, y se confirmó mi suposición cuando, allá en los Carnavales de 1899 (si la memoria no me engaña, que en esto de fechas suele engañarme), recibí un corto y apremiante billete de Verdaguer, invitándome á su primer misa después de la interdicción y alzada ya ésta. Me daba las señas de la iglesia y de su casa, añadiendo, naturalmente, la hora. El billete, que andaré entre mis papeles, respiraba gozo: era un transporte, era un verso más, una flor del Calvario ó un místico idilio. Se traslucía allí el júbilo de la reconciliación con la *Amada*, la ventura del buen sacerdote á cuyas manos vuelve á descender la augusta Víctima... Formé el propósito de madrugar, que es el más heroico de los propósitos que en Madrid puedan formarse, y de acompañar al poeta en ocasión tan solemne.

La casualidad quiso que justamente la víspera del día señalado por Verdaguer, se celebrase en la Embajada italiana un baile muy nombrado, *de cabezas*, que traía revuelta á la sociedad matritense. Eché mis cuentas y resolví no acostarme aquella noche: el plan era práctico, porque de la Embajada saldríamos al amanecer. Pero al volver á mi casa y pensar en el cambio de traje, en vestirme el más sencillo que tuviese, en cubrirme con un velo negro, me miré al espejo y vi mi peinado de época, un *poudre* cuyas señas iban á notarse por más que hiciese — tan hondas eran las marcas de las tenacillas y los encañonados peluqueros. — ¿Quién va así á una misa? Y rendida de cansancio me dirigí en busca de las sábanas y los colchones...

Pero quedó en mí un pesar, un reconcomio de no haber acompañado á Verdaguer á su reconciliación con la Iglesia, de la cual nunca su voluntad había andado desviada, seguramente... Y me acordé de una palabra divina que solemos échar en olvido, acaso porque nada de cuanto nos rodea nos la recuerda jamás: «Nadie puede servir á dos dueños...»

* *

Con la desaparición de Verdaguer se reduce el número, ya tan escaso, de los poetas españoles vivientes que disfrutaban de nombradía innegable y general. Porque muchos escriben en verso; no es que esa casta se haya extinguido, no; lo que sucede es que nadie se ocupa de lo que *cantan...*, ó para servirnos de una locución familiar, es *como si cantaran*. Tal vez si eso mismo que nos dicen varios poetas que no han llegado á hacerse escuchar, nos lo hubiesen dicho hace treinta ó cuarenta años, se lo hubiesen dicho á otra generación, para algunos de ellos irradiaría espléndida la notoriedad y sonaría estruendoso el aplauso.

Hay así muchos, no sólo poetas, sino artistas de todo género, que llegan retrasados y ya no ocupan puesto en el banquete. Pintores impresionistas que no impresionan; músicos wagnerianos... sin Wagner; novelistas á lo Galdós, á lo Goncourt, á lo Pereda; buenos alumnos de grandes maestros..., pero que se rezagaron, dando tiempo al caprichoso público de cansarse y pedir *otro toro...*, ó no pedir nada y retirarse indiferente. ¡Inmensa tristeza de lo malogrado, en todos los órdenes del sentimiento y en todas las esferas del deseo!

* *

Misteriosa afinidad paréceme que existe entre las tentativas artísticas que no dan resultado y los reiterados ensayos de los aeronautas, intrépidos y sin fortuna. ¡Qué de ilusión supone el acto de *hinchar un globo!* Cálculos interminables; noches de desvelo; días de fiebre; y como prenda y oferta en aras del destino, la vida... ¿Quién dijo que faltan en nuestra edad abnegaciones, sacrificios heroicos, rasgos con que el espíritu afirma su dignidad por encima de la materia? Pensad en los aeronautas. Pensad en Nansen, en los exploradores del Polo. Tal vez la mayor parte de los actos sublimes que registra la historia antigua no pudieron equipararse á estas acciones que ya casi no se tienen en cuenta, á fuerza de repetirse. Porque la falange es numerosa, el estímulo constante; la breve tragedia en el aire y la interminable tragedia entre el hielo se representan muy á menudo, y no parece sino que la terrible suerte de los exploradores de esas regiones que se niegan á sufrir el dominio del hombre, es aliciente para otros exploradores resueltos á arrostrarla.

* *

Ahí está la reciente aventura de Severo, el aeronauta que acaba de ser, desde una altura de cuatro-

cientos metros, precipitado sobre las losas de un boulevard parisiense. — Toda la fortuna del infeliz sabio se había gastado en construir el dirigible; pero no era Severo lo bastante millonario para prescindir, en la construcción del aparato, de ciertos cálculos de economía. En vez de motores eléctricos, Severo tuvo que contentarse con motores de petróleo, de los más perfeccionados, eso sí, pero que desarrollan un foco de calor. Tal fué la causa de la combustión repentina y espantosa del dirigible *Pax*, y de la catástrofe que costó la vida á Severo y á Saché, su acompañante. — Dos circunstancias merecen consignarse, por curiosas. La primera, el desconsuelo de Alvaro Reis, que no pudo acompañar á Severo por querer éste disponer de más cantidad de lastre que arrojar; la segunda, la resolución de la esposa de Severo, determinada á rebuscar fondos aquí y allá..., ¿para qué? ¿Para vivir, para endulzar con algo de bienestar su soledad y su viudez? No: para construir un nuevo dirigible, esta vez con motores eléctricos en regla, que demuestre la exactitud de los cálculos de su marido y vindique póstumamente su honra de inventor.

* *

La buena fe, y aun mejor diría la credulidad, de tanto banquero y tanto pez gordo parisiense como cayó en las redes del asunto Humbert-Crawford, han soliviantado el amor propio de los franceses, y les han movido á traer á la colada los trapos sucios de la credulidad norteamericana. Y en verdad que los tales trapos merecen sacarse un ratito al sol, para regocijo y consuelo de nosotros, pobrecitos crédulos, que hemos padecido á doña Baldomera, revoltosa de menores pretensiones, aunque tal vez de no menores facultades, que los Humbert-Crawford y los James Addison Reavis, que tanto gusto dieron en Francia y los Estados Unidos.

* *

Addison Reavis nos interesa más que los hábiles timadores franceses, porque es un estafador de asunto español, como la ópera *Carmen*. Este listo mozo presentó, ante los tribunales de los Estados Unidos, una demanda reivindicando una sucesión que decía correspondiente á su mujer, y que importaba la bicoca de unos cien millones (agarrarse) de dólares, ó de duros, en castellano. Los documentos que presentó en apoyo de su reclamación satisficieron plenamente á los mejores abogados yanquis, y á consecuencia de esto, los banqueros más opulentos franquearon su caja para adelantar fondos á los futuros archirremillonarios. Un rey de la banca instaló á Reavis y á su mujer en un hotel espléndido, abriéndole crédito ilimitado, empezando por darle de propina cincuenta mil francos. Y joyeros, modistas, sastres, perfumistas, dueños de coches, etc., se apresuraron á facilitarles toda clase de servicios, cobrables el día en que Reavis, ó mejor dicho su mujer, entrasen en posesión de su fantástica herencia...

* *

La novela forjada por Reavis era una donación de Felipe V á un don Miguel Silva de Peralta de Córdoba, grande de España, caballero del Toisón, de Santa María de Montesa, con otras muchas hierbas españolas igualmente, de inmensos territorios en Nueva España. — Esta donación, que todavía muchos creen auténtica, se la aplicó Reavis, como muchos se aplican los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, á una niña expósita mejicana, convertida en hermosa mujer, con quien se había casado. Los auténticos Peraltas (responda mi amigo Manuel de Peralta, que desciende del famoso *Mosén Pierras* y que ojalá pudiese reivindicar con títulos positivos esta enorme fortuna, de la cual haría excelente uso); los auténticos Peraltas, repito, se dice que son una familia extinguida del todo. Esto animó á Reavis á la osada suplantación, que por mucho tiempo revistió apariencias de verdad histórica irrefutable, confirmada hasta por indagaciones prolijas y serias en los archivos de Madrid... (¿Qué dice de esto mi otro amigo Bethancourt?) Hasta que un día, el día fatal que siempre llega, tiró el diablo de la manta, y se descubrió, con estupefacción de la gente yanqui, que todo era falso, todo, y Reavis un falsario más, en la lista de artistas eminentes de la letra contrahecha...

Pero ¡que les quiten á él y á su esposa lo bailado!

EMILIA PARDO BAZÁN.



EL GAITERO

CUENTO INÉDITO DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER

(Traducido del catalán)

Voy á dar el adiós á la compañera de mi vida, la dulce poesía. ¿Para qué cantar? ¿Para qué escribir más? Mis dedos se han envejecido sobre las cuerdas del arpa y ya se cansan de servir: el arpa misma, la última vez que la he pulsado entre murmullos y suspiros impacientes, me pareció que me decía: «Basta.» Voy, pues, á darle el último abrazo y á colgarla donde espere que vayan á desvelarla dedos más tiernos é inspirados.

Basta ya de versos místicos; basta de poesías guerreras; basta de himnos á la patria; basta de cánticos á la fe. Adiós, canciones de primavera: ya no endulzaréis otra vez mis labios, ya no haréis batir las alas de mi corazón: mayo y abril volverán mil y mil veces, pero no volverán para mí. Traerán aún muchos cestos colmados de bellas y olorosas flores, pero todas las vaciarán en otros huertos. Los árboles de mi jardín no volverán á florecer, los gorriones que en ellos anidaban cada primavera no volverán á anidar, y los ruiseñores que en ellos cantaban no volverán á cantar.

El gris otoño ha deshojado mis robles y mis almendros, y las arboledas se han vestido de luto, y las montañas enfrondadas hoy con alguna brizna de escarcha, esperan asustadas la nieve del invierno que se avecina. Las coplas de *caramellas*, los siete gozos de la Virgen que canté de puerta en puerta ha tantos años el Sábado Santo después del toque de Gloria, volaron lejos, muy lejos y para no volver: mi Pascua ha pasado hace tiempo, y sólo espero celebrar en el cielo aquella Pascua que no ha de acabarse jamás. Si allí se canta, allí volveré á cantar. Adiós para siempre, canciones y poesía.

* * *

Esto me decía hace un rato, amargado por las oleadas de la existencia, doblegado y abatido por los vientos de la tribulación. He salido de mi cuarto cerrado y estrecho, y atravesando la Rambla, esa grande y rumurosa arteria de Barcelona, me metí por la calle de Tallers, hacia el lado de la ciudad en que más cerca se ven el verdor de los campos y el azul de las montañas, y sobre todo el del cielo. Deseaba respirar aires puros y libres, y alejar el esplín que, proveniente de diversas causas que quería olvidar, iba enseñoreándose de mí y me ataba de pies y brazos, de cuerpo y de espíritu.

Al pasar, calle arriba, por delante de la de Valldoncella, vi salir de ésta un gallego de barba cana y figura venerable, coronada por la montera, tocando magistralmente la flequeada cornamusa, con los cañutos ó flautas sobre los hombros, como se estila en las riberas del Miño. Parecióme que salía poco satisfecho de aquel barrio obrero en que sus tocatás habrían sido poco comprendidas y á duras penas escuchadas. Cuando, al doblar por la calle de Tallers arriba, vió en las ventanas del Hospital

militar gorras de cuartel, su fisonomía se animó, sospechando que tal vez habría allí dentro quien le comprendiese. Hinchó la cornamusa que enflaquecía por momentos y bajaba languideciente sus sonidos, y tocó uno de aquellos aires que, hermanos de la muñeira, hacen llorar á los hipocondríacos hijos de Galicia.

No sé si en el Hospital habría alguno á quien en el hueco del lecho llegase aquel dulcísimo recuerdo de la patria. No sé si habría alguno que llorase; pero á mí aquella extraña y melancólica armonía me hacía retornar á los tiempos dichosos de mi infancia, me recordaba los sencillos contrapases de la plaza de mi pueblo, y al viejo gaitero de gambeto y barretina colorada que cerró los ojos sin que nadie quisiese aprender su profesión: recordóme á mis padres y hermanos, Dios los tenga en su gloria, y á mis compañeros que yacen cerca de ellos en el mismo cementerio, y asomaron á mis ojos las lágrimas.

El pobre juglar, después de tañer quizás la mejor tocata de su repertorio, dirigió la mirada á las ventanas del Hospital en la esperanza de que bajase, si no la paga, una muestra de agradecimiento, y si no una muestra de agradecimiento, una limosna, que, por pequeña que sea, anima á esperar otra á los pobres de Jesucristo. Mas en vano: ni del Hospital ni de las casas vecinas cayó una triste moneda de cinco céntimos. Lo que bajó fué un grito de «¡Fuera, fuera!» que hizo volverse extrañados á unos niños que venían de la escuela y sonreír á unos faquines que cargaban un carro, y que á mí me ha hecho estremecer de indignación y de pena.

El gaitero no es de madera, y habrá advertido el insulto, que ha caído como una piedra sobre su cabeza, y lo habrá sentido como una punzada en lo más hondo de su alma; pero, avezado á la lucha de la vida y acostumbrado desde niño á las malas añas, ha seguido calle arriba hinchando la cornamusa y sin cambiar de tocata, lo mismo que si hubiera oído llover, esperando quizás que al volver de la esquina se le volvería también el viento de la fortuna.

* * *

Aquel acto de firmeza era una reprensión para mi debilidad. Aquel hombre sencillo, que probablemente no sabía leer, tiene mayor conocimiento del mundo que yo, y por esto le trata con el menosprecio que se merece. Su serenidad imperturbable me dejó avergonzado y confuso, mucho más que si me hubiese leído un capítulo de la *Imitación de Jesucristo*.

Yo he tomado esta inesperada lección como venida de las manos de la Providencia, y sin necesidad de ver campos ni montañas, he regresado á casa curado del esplín, arrepentido de haberme querido despedir de la Poesía, inocente compañera de la vida que tanto bien me ha hecho, y con deseos de reconciliarme con la lira, si algún rayo de inspiración me envía Dios en mi ancianidad. «Animo, pues; adelante y fuera, me he dicho á mí mismo. Sigamos cantando: quien canta, sus males espanta. *Exurge gloria mea; exurge psalterium et cithara.*»

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)

MOSEN JACINTO VERDAGUER

¡Tarde triste la del 10 de junio para Cataluña y para las letras patrias!

El sol, rasgando por un momento las plomizas nubes que lo habían velado durante el día, iluminó con sus dorados rayos las cimas del Tibidabo, «gigantesco pedestal desde donde, como desde un púlpito que tuviera por plaza el llano de Barcelona, muestra Santa Eulalia á los barceloneses la redentora Cruz;» del Montjuich, «en que se metamorfoseara el hijal Alcides para guardar entre sus brazos á la hija nacida de su costado;» del Montserrat, de ese «Tabor de Cataluña, monte de oro aserrado por amoroso Angel con argentada sierra para edificar en él, próximo al cielo, un templo á la Estrella de la mañana;» del lejano Montseny, «el titán formidable de mi tierra,» y del remotísimo Pirineo, «el monumento á la Divinidad, que no lograrán derribar el huracán ni la borrasca, el odio ni la guerra.» Y desde el fondo del pintoresco valle que es el más bello atractivo de los contornos de Barcelona, salmodiaba un ruiñón la siguiente estrofa:

*Lliri blanch y Rosa vera
del jardí del Criador,
María de Vallvidrera,
florin en lo nostre cor;*

mientras la amarilla retama parecía escribir con sus flores de oro sobre las vertientes que circuyen el valle:

*Per aquexos cims de serra
lo vostre olor escampau,
fent sentir á nostra terra
los efluvis del cel blau.*

Así, en medio de la visión apoteósica de sus montañas predilectas y mecida por las armonías de sus versos póstumos, subía á Dios el alma del poeta.

**

Jacinto Verdaguer y Santaló, ó Mosén Cinto, como se le llama familiarmente, nació en Folgarolas, pueblecillo de la alta montaña de Vich (Cataluña), el 17 de mayo de 1845. A los quince años de edad, enamorado, como Dante, de San Francisco de Asís, resolvió tomar su hábito; mas «como entonces no había frailes menores en España (son palabras del poeta), resolvió ir en su busca á los conventos de la América española, para donde, ya con un pie en el estribo, estaba examinado y admitido y aun tenía el permiso de mi buena madre, arrancado con lágrimas del corazón; pero no debía tener el de Nuestro Señor, cuando mi confesor me impidió que partiera. No siendo merecedor de comparecer entre sus hijos de la primera orden, me hice terciario, y habiéndome venido á un mismo tiempo la vocación franciscana y la vocación poética, quise seguirlas entrambas haciéndome su trovador.» Sucedió esto en 1860. Un año después obtenía ya en los Juegos Florales de Barcelona, adonde se presentó vestido de campesino, calzando alpargatas y con la roja barretina en la mano, un premio extraordinario y un accésit al ordinario de Patria. Desde entonces, y mientras cursaba en el Seminario de Vich la carrera sacerdotal, fueron varios los premios que en dicho certamen obtuvo; mas en 1877, siete años después de haberse ordenado sacerdote, fué cuando alcanzó el más colosal triunfo que se ha registrado en los anales literarios de Cataluña con motivo de su magistral *Atlántida*, obra que emprendió el poeta, según confesión propia, «cuando no conocía más mundo que el que limitaban las montañas del llano de Vich y no había visto el mar sino en pintura.» Hasta 1890, sonreído por los triunfos y por la opulencia, fué camino de rosas el seguido por Verdaguer: de oprobios, de burlas y menosprecios fué en lo sucesivo. «No encontrando dónde posar los ojos sobre la tierra, los elevé al cielo, y apropiándome las cristianísimas palabras que van repitiendo los limosneros al recibir una moneda en la colecta de la iglesia, esforzábame en decir á cada nuevo contratiempo: Por amor de Dios sea.» En ese infortunio, de que en vano se esforzaron por sacarle sus mejores amigos, pues se vanagloriaba, con el P. Lacordaire, de que «es el vestido más hermoso que puede ponerse un hombre, y no saben lo que hacen los que no se lo ponen;» en ese infortunio deseado, que arrancó á su lira tan desgarradoras como inspiradas notas, le sorprendió, á los cincuenta y siete años de edad, desapiadada muerte.

La labor literaria de Mosén Jacinto Verdaguer es asombrosa. Además de *L'Atlántida*, ya mentada, de que se han hecho siete ediciones y que ha tenido tres traductores castellanos, D. Melchor de Paláu,

colaboración); *Flors del Calvari*; *Ayres del Montseny* y *Flors de María*, publicada durante su última enfermedad. Además deja tres obras manuscritas: la traducción de la *Pasión* de los cuatro Evangelistas, que posee su constante amigo el notario D. Ricardo Permanyer y Ayats; una colección de *Eucarísticas*, en poder de M. Vassal, de Perpiñán, y otra dedicada á Barcelona, que nos entregó pocos días antes de morir para que la expurgáramos y limáramos, y la publicáramos en todo ó en parte, á nuestro humilde juicio, y á la que pertenece la adjunta poesía autógrafa, que hemos procurado verter al castellano con la mayor fidelidad posible:

LA FUENTE DE JESÚS

«Inmediata al Paseo de Gracia, entre una acacia y un roble, manaba una fuentecilla como mana del huso la husada: como la husada argentina, espumosa y cristalina, desdevanaba sus aguas la dulce Fuente de Jesús.

«No había agua mejor en el llano de Barcelona, y era la más dulce que de debajo la tierra bebe el labio. Los buenos llenaban allí su cántaro, los santos acudían á beber de ella: era la flor de las aguas la de la Fuente de Jesús.

«Los mirlos y los ruiñones, como desensartando perlas, desgranaban aquellos himnos que hacen latir el corazón engañado, y la dulcísima canturía resonaba en el bosqueje entremezclada con el murmurio de las aguas de Jesús.

«Cerca de la Fuente resplandecía el altar del Hijo de María, que para algunos discípulos suyos era el castillo de Emaús, en donde á través de la cortina de un muro de piedra ó de ramaje, cabe sus aguas divinas, aparecía Jesús.

«Mas ¡ay!, para el que vaya ahora es una fuente ya exhausta. ¿Por qué, oh cañuzuelo, no traes ya aquel néctar á la tierra? ¡Oh Fuente dulce, pura y clara!, ¿por qué has dejado de manar? ¿Qué fué de tu cándida corriente, sagrada Fuente de Jesús?

«Como hasta hace poco, pasan todavía por el camino muchos que sienten fatiga, y algunos que caen exánimes, y algunos que no vuelven á levantarse. ¡Ah! Yo soy del número de los sedientos. Véante mis ojos, ¡oh Fuente!, y puédante beber mis labios, agua dulce de Jesús.»

**

Con motivo de haber hecho trizas Mosén Jacinto Verdaguer, pocos días antes de morir, un paquete de manuscritos, alguien ha osado suponer si su pluma cristiana y purísima se había alguna vez mojado en sangre ó en cieno. Nada más lejos de la verdad. Los papeles destrizados por el inmortal poeta no eran suyos ó, aunque letra suya, eran sólo copias hechas por él en época triste.

Para que se vea adónde llegaba la delicadeza de su alma, voy á referir una anécdota. Con motivo de la última edición de *L'Atlántida* hubo quien sugirió la idea de trocar su antigua dedicatoria por otra dirigida, para evitar maledicciones, á la Virgen de Montserrat. Verdaguer nos la leyó, como todo lo suyo, y como le hiciésemos alguna observación en contrario, ya en máquina el primer pliego, retiró la dedicatoria á la Virgen y volvió á quedar el poema como estaba. Que no se arrepintió de lo hecho, lo demuestra el haber insertado en su última obra, *Flors de María*, una composición que databa de la citada época y en que aludía muy claramente al que creía causante de su infortunio, corrigiéndola de modo que sólo quien conserva el original primitivo podrá indicar en dónde la alusión estaba.

E hizo más todavía con la dedicatoria de su libro *Montserrat*, aun precediéndole, como le precede, favorable censura. Porque aludía en aquella á la época en que «los hombres le habían arrebatado el cáliz, cáliz que María le había devuelto,» nos ordenó que la suprimiéramos, y así lo hemos hecho en la nueva edición que se está imprimiendo del libro, á pesar de haberse tirado ya el primer pliego. Es de suponer que también cumplirán su voluntad los que recibieron el encargo de considerar totalmente ó en parte por no escritos, si el Ordinario totalmente ó en parte no los aprobara, sus dos únicos libros, *Sant Francesch* y *Flors del Calvari*, que por haberlos pu-

La Font de Jesús

*Al peu del Passerig de Gracia
entre un roure y una acacia
raigava una fontanella
com la fusada del fur;
com la fusada argentina
escumosa y cristallina
desdevanava ser aygues
la dolça Font de Jesús.*

*No hi havia aygua tan bona
en lo Pla de Barcelona;
la mer dolça era que el Mari
de la Terra beu d'ella.
Los bons lo cantin hi pujavian,
los sants a beure hi venian,
que era la flor de les aygues
la de la Font de Jesús.*

*Los rossinyols y los merles,
com qui desconfia prou,
hi engranavan aquella himna
que fan entre el cor i'la.
La dolçíssima canturia
resonava en la boscaja
al murmurí barrejada
de les aygues de Jesús.*

*Vora la Font hi havia
l'altar del Fíl de Maria,
que per alguns sem dexebles
era el Castell d'Emmaús
hon devava el cortinatge
d'un mur de pedra ó brançatge,
vora ser aygues divines
aygues de Jesús.*

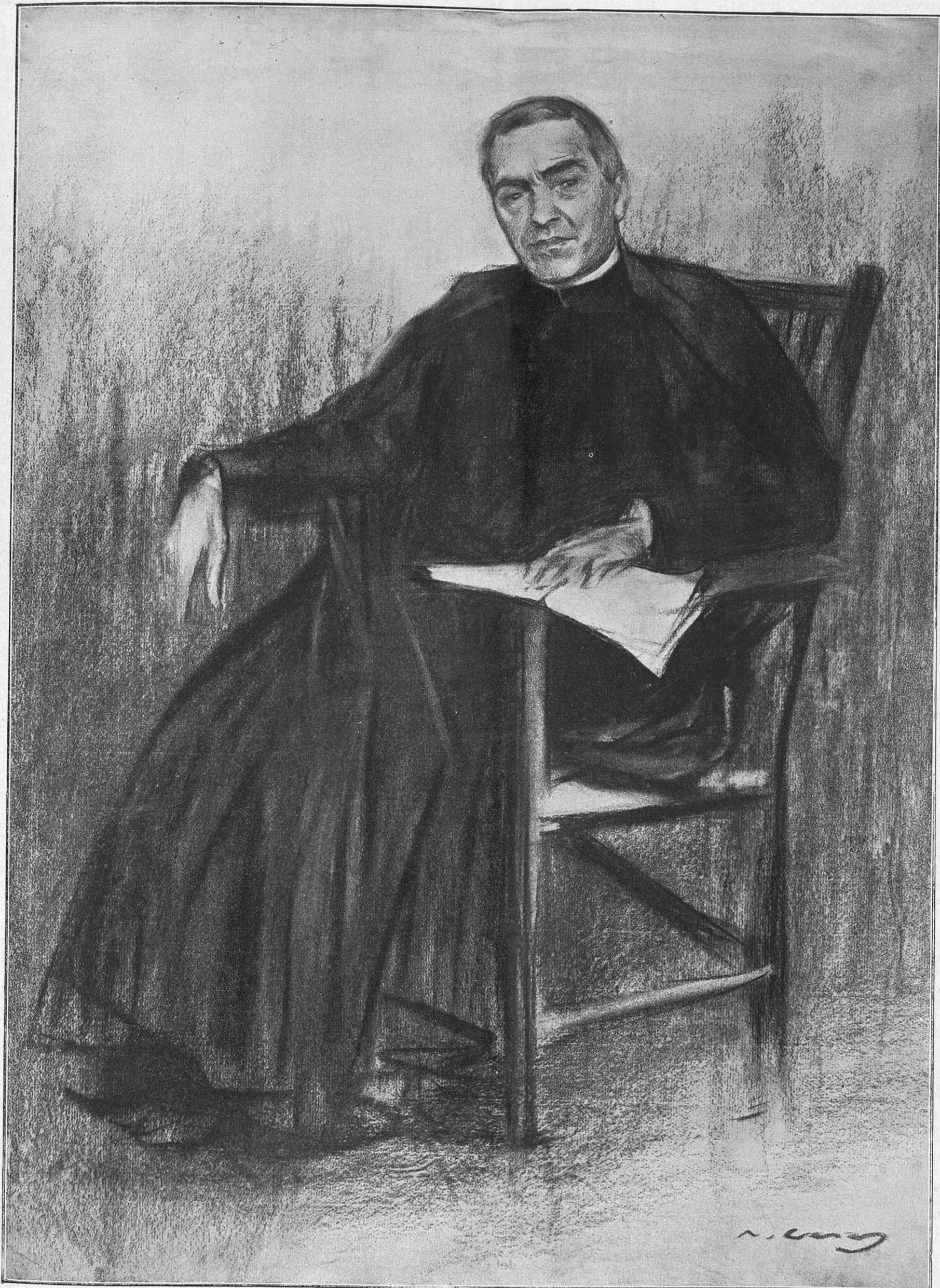
*Mer ay! per aquell que hi va
ja en una Font que no raja!
¿D'aquell néctar, oh canella,
perque á la Terra no n'ova?
¿Oh Font dolça, pura y clara
perque no veuen encara?
¿Com s'heu la cándida limfa
sagrada Font de Jesús?*

*En lo camí com suava
molta cansat, passan encara,
y alguns qui cauen exánims,
y alguns qui no s'alsan ja.
¿Oh! jo so del qui sedentan;
que mor ulla, oh Font, te veuen,
que t'ajugan beure mer d'ells,
aygues dolça de Jesús.*

Jacinto Verdagué

Autógrafo de una poesía póstuma de Mosén Jacinto Verdaguer, que forma parte de su volumen inédito *Barcelona*.

D. J. M. de Despujol y el Sr. Díaz Carmona; dos franceses, MM. Pepratx y Savine; uno inglés, Mr. Bonaparte Wyse; dos italianos, los Sres. Sugerí y Nevatti, y dos provenzales, MM. Monné y Mistral, ha publicado Verdaguer, entre otras de menos importancia, las siguientes obras: *Canigó*, que ha sido bellamente traducido al castellano por el Sr. Conde de Cedillo y al italiano por los poetas María Licer y Luis Bussi; *Idilis y Cants místichs*, la obra más personal del poeta, también traducida al castellano; *Caritat; Patria; Lo somni de Sant Joan*, de que se han traducido al portugués y al castellano varios fragmentos; *Jesús Infant*, refundición de *Bethlem*, *La fugida á Egipte y Nazaret; Excursions y Viatges; Nerto* (traducción del poema de Federico Mistral), y *Diari de un peregrí á Terra Santa*, acabadísimos modelos de prosa catalana; *Montserrat*, refundición de *Llegenda de Montserrat y Cansons de Montserrat*, á las que adicionó *Odes; Roser de tot l'any; Sant Francesch*, comenzada en su juventud y terminada en «días nebulosos y tristes, negro preludio de la tempestad que se aproximaba;» *Santa Eularia* (en

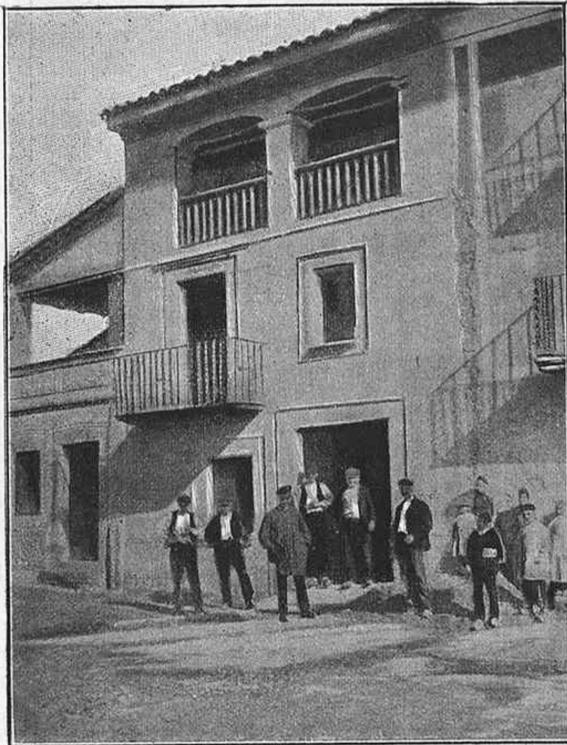


EL EMINENTE POETA MOSÉN JACINTO VERDAGUER, FALLECIDO EN VALLVIDRERA (BARCELONA) EN 10 DE LOS CORRIENTES
Retrato dibujado por Ramón Casas

blicado en época aciaga no fueron examinados por el censor competente!

* * *

Mosén Jacinto Verdaguer era un verdadero poeta. La obra de quien tan magistralmente ha cantado el



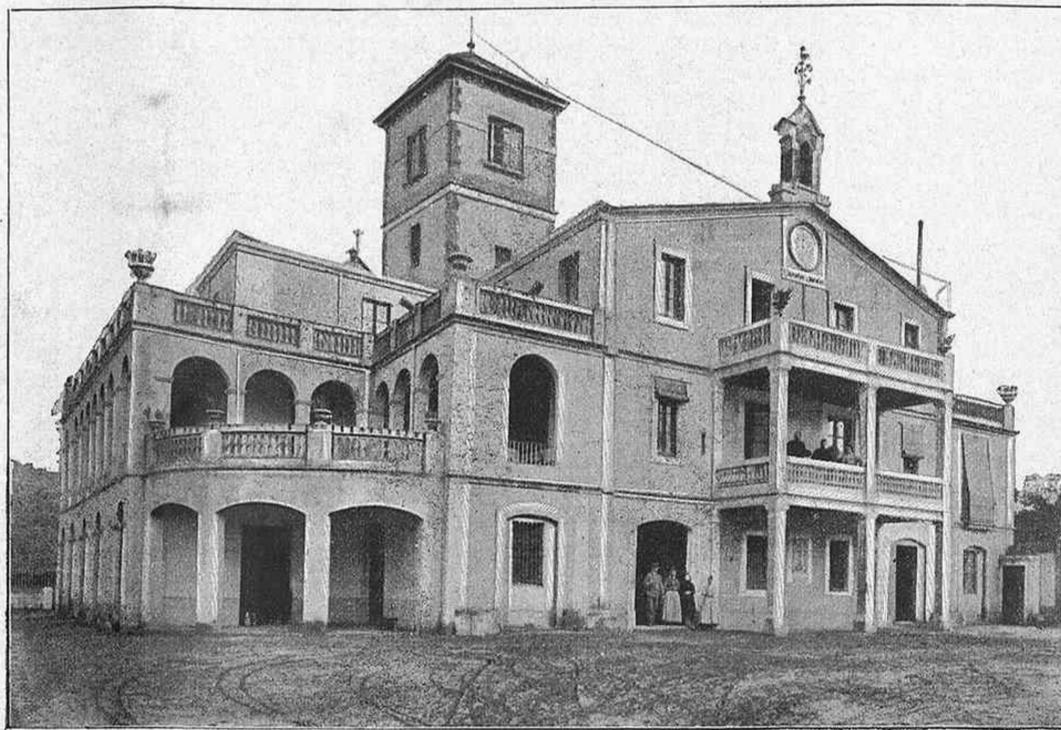
Casa del pueblo de Folgarolas (Vich) en donde nació Mosén Jacinto Verdaguer (de fotografía)

LA CAPILLA ARDIENTE. — EL ENTIERRO

El Excmo. Ayuntamiento hízose cargo del cadáver de Mosén Jacinto Verdaguer (1), el cual, después de embalsamado, fué conducido á Barcelona desde Vallvidrera en la madrugada del día 12 para ser de-

gran gala, varios otros de media gala y algunos individuos del cuerpo de bomberos.

Durante el tiempo en que estuvo expuesto el cadáver, desfiló por delante de él una multitud inmensa, calculándose en más de 60.000 personas las que visitaron la capilla ardiente.



Villa Juana (Vallvidrera), propiedad de D. Ramón Miralles, en donde falleció Mosén Jacinto Verdaguer (de fotografía de *La Esquella de la Torratxa*)

incendio de los Pirineos, el hundimiento de la Atlántida y el paso de Aníbal; la obra de quien ha logrado despertar con sus vibrantes notas en el corazón de un pueblo el sentimiento patrio adormecido; la obra del sacerdote que tan dulcemente ha sabido cantar en *Canigó* los hechizos del amor profano; la obra de quien, sobrepujando á San Juan de la Cruz y á Santa Teresa, ha llegado á inflamar en el fuego de la caridad divina á almas indiferentes ó apocadas; la obra de quien, enamorado de la Pobreza y del Dolor, al extremo de llamarlos «locura santa,» nos ha hecho respetar y aun amar, si no desear como él, el Dolor y la Pobreza, sólo puede desaparecer con los hombres.

Mas quien consideraba ruiñesores á los poetas, y á los ruiñesores «trovadores del mes de mayo;» quien, amante, como ave, de la libertad, dejó la propia familia para crearse otra adoptiva, y abandonó la casa de sus padres por otro extraño hogar, y su propia patria por otra que «ya quería como suya,» la montaña por el llano, Folgarolas por Barcelona, ha muerto, ¡oh irrisión de la suerte!, próximo á esta última, es verdad, pero en un rincón de montaña, solo; sin amigos cuando tantos se disputaban su amistad, sin médicos cuando tantos durante su enfermedad le asistían, sin familia cuando había acudido solícita á su lado; creyéndose pobre cuando más pródigamente la caridad se ejercitaba, y tomando por persecución la asistencia y por prisión el hospedamiento, y por esbirros á aquellos *minyons den Venciana*, ó mozos de las Escuadras, por él en su juventud tan diestramente cantados, y quién sabe si evocando aquellos versos que en 1897, precisamente desde Vallvidrera, nos dirigía:

«No vayas á la ciudad,
su población es ingrata:
dice estimar á las aves,
dice querer regalarlas,
y á las que cantan mejor
las pone dentro una jaula.»

¡Dios haya acogido en su seno su alma sencilla, y la inmortalidad inscrito su nombre en sus imperecederas páginas! — L. C. VIADA Y LLUCH.

positado en la capilla ardiente dispuesta en las Casas Consistoriales: una vez en ésta, colocóse el cadáver en un magnífico ataúd de roble con ricas y artísticas aplicaciones de hierro.

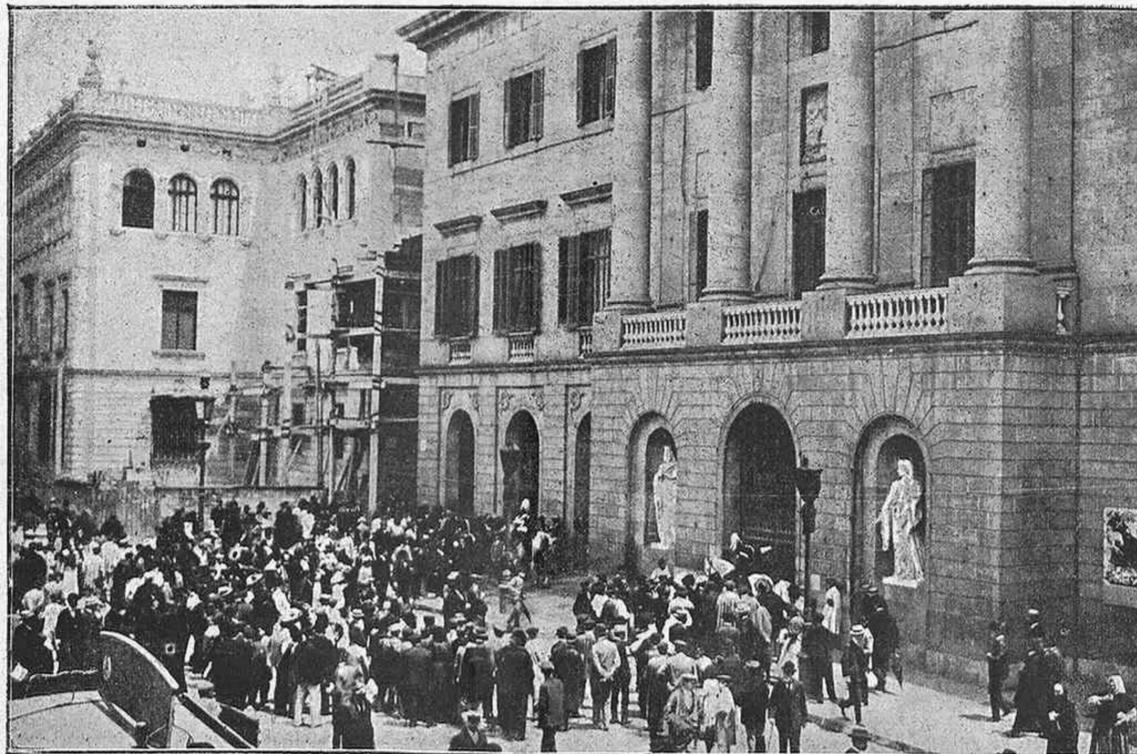
La capilla ardiente se instaló en el Salón de Ciento: en el centro de aquella histórica sala se tendió un paño de terciopelo negro con franjas de oro, sobre el que se montó un sencillo túmulo en forma de plano inclinado. En cada ángulo de la alfombra había un gran candelabro de bronce y en los lados otros cuatro de hierro; en la cabecera del ataúd alzábase una hermosa cruz de hierro, procedente del Museo de Reproducciones, copia de la que se guarda en la iglesia de San Ambrosio de Milán. En el fondo del salón un gran paño de terciopelo negro

El entierro, que se verificó en la tarde del día 13, fué una de las más grandes manifestaciones de duelo que ha presenciado nuestra capital. La mayoría de las tiendas de las calles por donde pasó la fúnebre comitiva se cerraron durante el triste acto; muchos balcones ostentaban negras colgaduras y todos los faroles del tránsito estaban encendidos y cubiertos con crespones.

Presidieron el entierro el Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública conde de Romanones, que vino expresamente en representación del gobierno y de S. M. la reina viuda, el obispo cardenal Casañas, un delegado del Capitán general, el gobernador y el alcalde: enumerar todas las entidades que allí estuvieron representadas, sería punto menos que imposible, pero bien puede afirmarse que en el cortejo figuraban representaciones de Cataluña entera y de varios importantes centros y ciudades de otras regiones españolas. El aspecto que presentaba aquella tarde Barcelona era imponente; una compacta muchedumbre llenaba todo el curso, y en religioso silencio y con muestras de hondo dolor presenciaba el paso del entierro y contribuía con su actitud grave, recogida y apesadumbrada á la mayor solemnidad de aquella triste despedida que á Mosén Jacinto dedicaba la ciudad por él cantada en una de sus más inspiradas poesías.

En la ancha plaza del cementerio, el cadáver, seguido de numeroso acompañamiento, fué recibido por el personal de la necrópolis, el clero con cruz alzada, la Junta municipal de cementerios y un público inmenso que se calcula no bajaría de cien mil personas. Conducido el féretro en brazos, fué enterrado provisionalmente en una tumba sencilla, en tanto que se dispone la que ha de guardar definitivamente los restos del inmortal poeta.

Para su sepelio definitivo se ha escogido una enorme roca que hace dos ó tres años se desgajó de la parte superior de la montaña, y que será horadada por el centro. Sintetizando las impresiones del fúnebre acto, diremos que el espectáculo además de grandioso resultó altamente consolador, porque en él se unieron

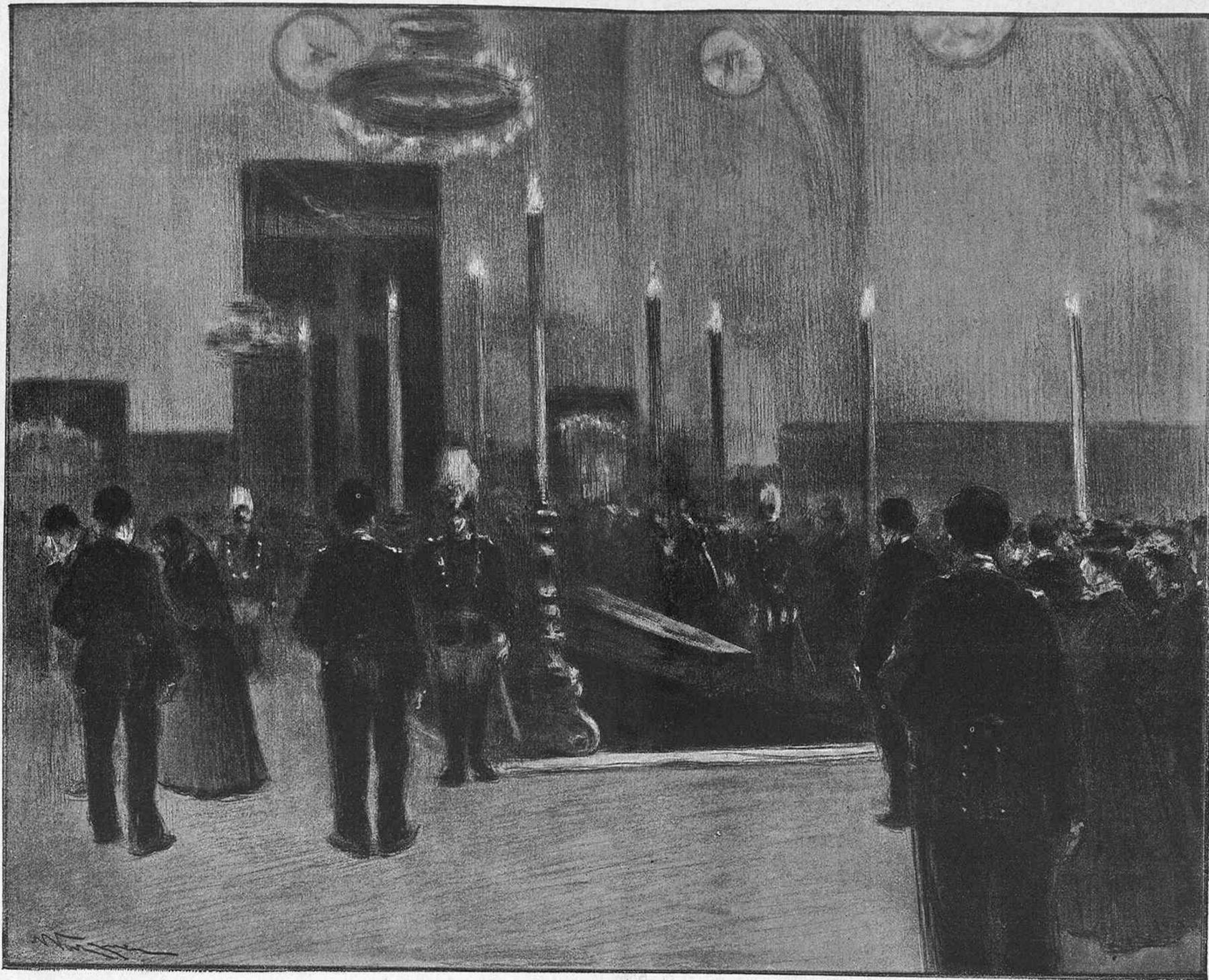


BARCELONA. — El público en la plaza de San Jaime formando cola para entrar en la capilla ardiente en donde estaba expuesto el cadáver de Mosén Jacinto Verdaguer (de fotografía de Serra)

con una cruz dorada cubría el retrato de Su Majestad la reina regente y á ambos lados de éste dispúsiéronse dos altares en donde se celebraron varias misas.

Daban guardia de honor cuatro municipales de

(1) El retrato de Mosén Jacinto Verdaguer que publicamos en la anterior página está tomado del que tan admirablemente dibujó el eminente pintor Ramón Casas, á quien damos las más expresivas gracias por habernos autorizado á reproducirlo en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



BARCELONA. - LA CAPILLA ARDIENTE DURANTE LA EXPOSICIÓN DEL CADÁVER DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER, apunte del natural por Nicanor Vázquez

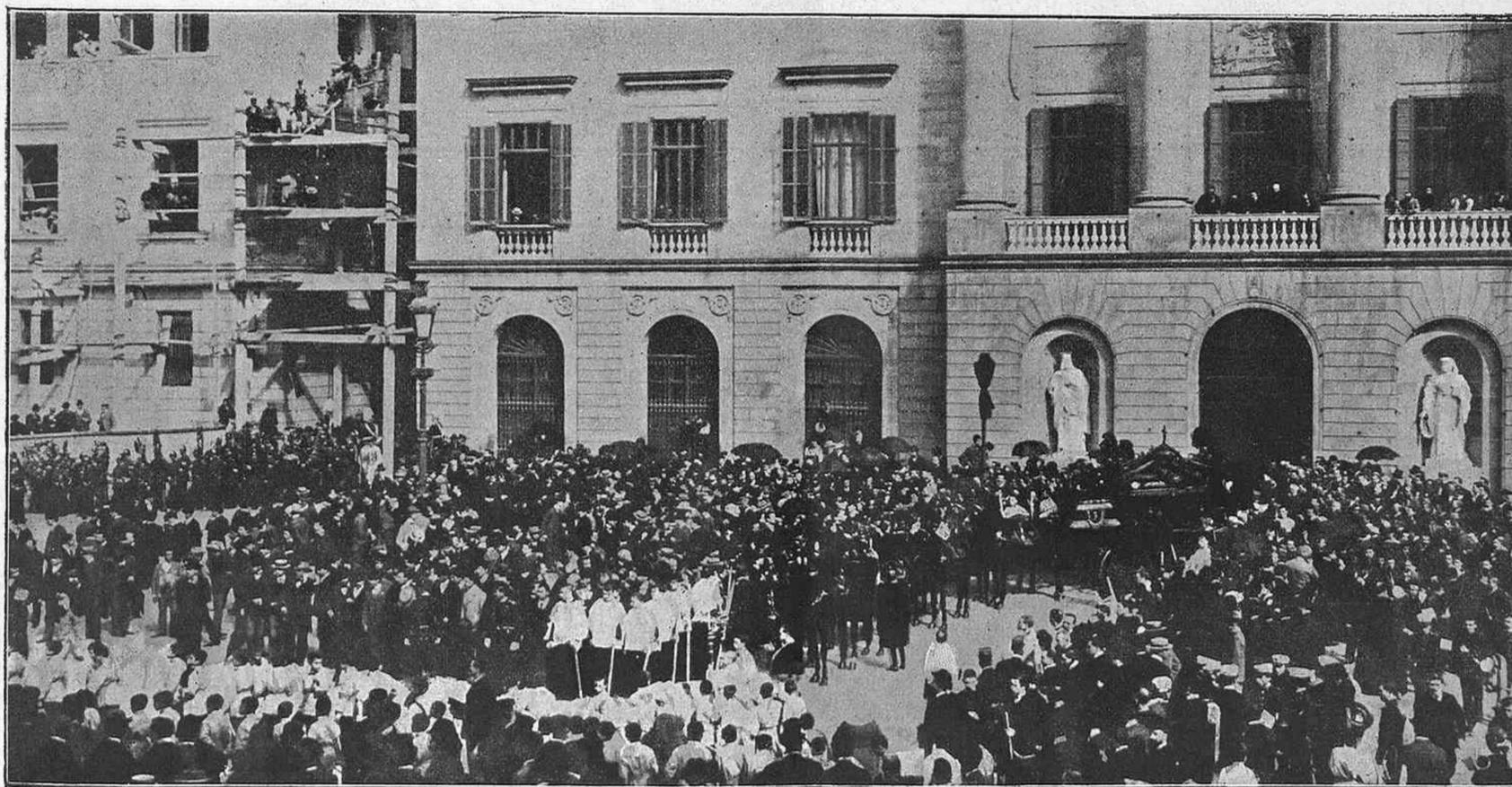
todas las clases sociales, desde las más altas representaciones del Estado hasta las más humildes de nuestro pueblo, para rendir un homenaje, de sublimidad pocas veces vista, al modesto sacerdote que con su inspiración portentosa se ha conquistado un puesto preeminente en el templo de la gloria y cuyo

nombre, escrito en letras de oro, formará época en los anales de nuestra literatura.

Pero Cataluña, España entera, están obligadas á algo más de lo que han hecho; no han de limitarse á llorar la pérdida del vate ilustre, sino que deben perpetuar su memoria, erigiéndole un monumento

digno de su genio. *Mosén Cinto* merece que sus contemporáneos transmitan á la posteridad su recuerdo esculpido en mármoles y bronce, diciendo á las generaciones venideras, á imitación de lo que en la tumba del vate italiano se lee:

«¡Honrad al altísimo poeta!» - A.



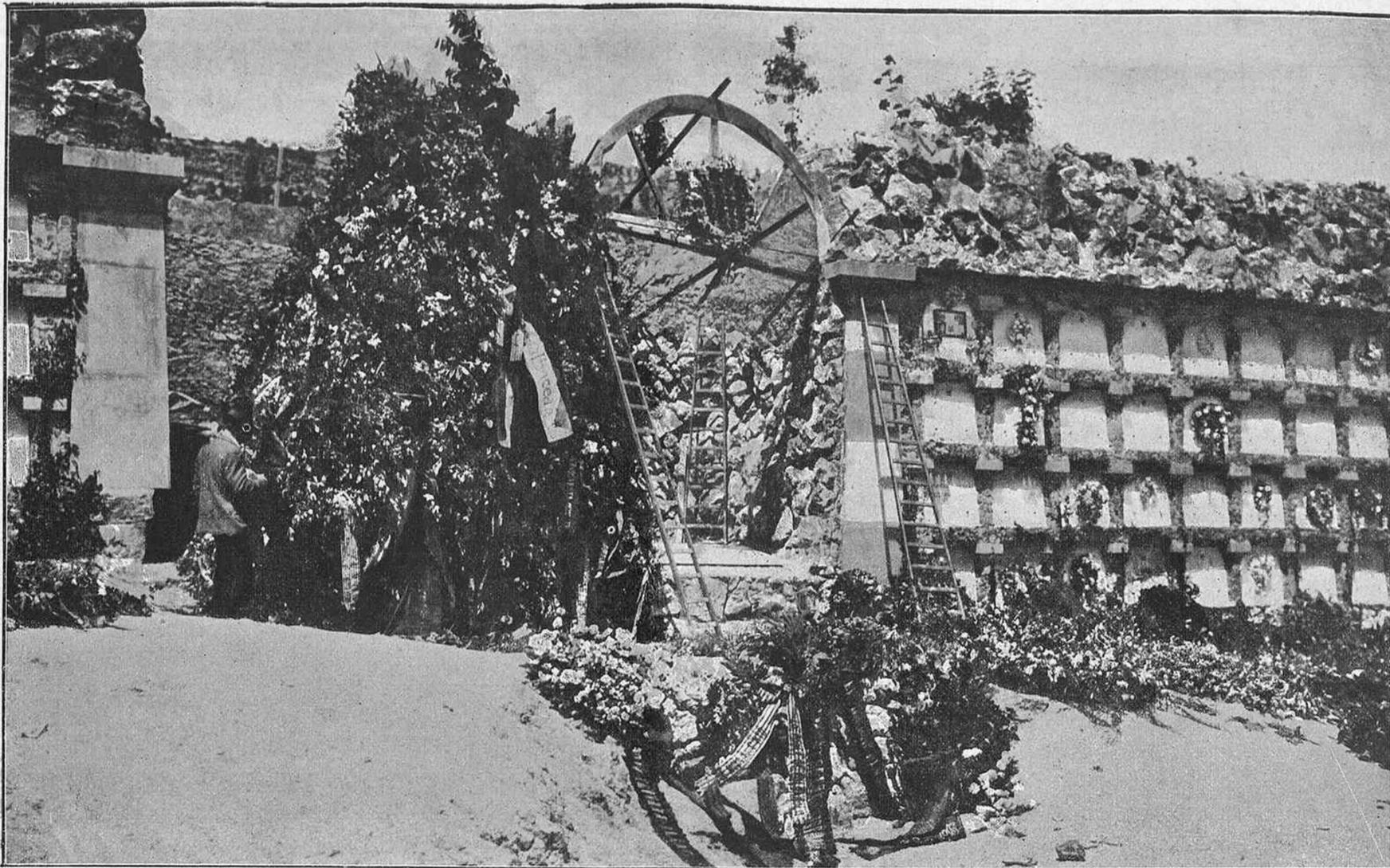
BARCELONA. - ENTIERRO DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER. - SALIDA DEL FÉRETRO DE LAS CASAS CONSISTORIALES (de fotografía de Serra)



JESÚS Y LA MAGDALENA, cuadro de Alberto Edelfeld



MISERIA, cuadro de Luma Flesch-Bruningen



BARCELONA. — TUMBA DEL CEMENTERIO DEL SO. EN DONDE HA SIDO PROVISIONALMENTE ENTERRADO EL CADÁVER DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER (de fotografía de Serra)

NUESTROS GRABADOS

Henry Greville.—La célebre novelista francesa que con este seudónimo tanta y tan legítima fama había conquistado, llamábase Alicia Fleury y había nacido en París en 1842. Hija de un profesor, bajo la dirección de su padre aprendió ciencias, latín y varios idiomas extranjeros; más tarde recibió de Chevé lecciones de solfeo y de armonía, haciendo tales progresos, que Feliciano David le predijo un gran porvenir musical. A la edad de quince años se marchó á Rusia con su padre, que fué profesor de literatura francesa en la Universidad y en la Escuela de Derecho de San Petersburgo, dedicándose entonces á completar sus conocimientos lingüísticos y á estudiar las costumbres de las distintas clases sociales rusas. Después de haber escrito una porción de cuentos, que en su mayoría han quedado inéditos, resolvió en 1869 cultivar el género dramático, y escribió hasta una docena de comedias y dramas en prosa y en verso que en vano trató de que leyeran, durante sus excursiones á París, los directores de los teatros de aquella ciudad. Convencida de que sus gestiones serían infructuosas mientras



La célebre novelista francesa HENRY GREVILLE (Alicia Fleury de Durand), recientemente fallecida en París

residiera en el extranjero, en 1872 abandonó San Petersburgo con su esposo M. Durand, profesor entonces de francés en la Escuela de Derecho de San Petersburgo, y se estableció en la capital de Francia. En 1876, el «Journal des Debats» publicó su novela *Dosia* y un mes después la «Revue des Deux Mondes» *La expiación de Saveli*, que firmó con el seudónimo de Henry Greville y que fueron entusiastamente acogidos por el público. Desde entonces no cesó de dar á la estampa sus obras con éxito siempre creciente, y su nombre merece figurar con razón entre los de los novelistas franceses más notables,

más fecundos y más celebrados. Entre sus novelas merecen especial mención: *Un misterio*, que se publicó en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; *Sonia*, que publicaremos en breve; *Dosia*, *La princesa Ogheroff*, *Los Kumiasine*, *Las pruebas de Raissa*, *La herencia de Xenia*, *La segunda madre*, *La hija de Dosia*, *Una traición*, *El voto de Nadia*, *Perdida*, *Ariadna* y otras. Su literatura fué siempre sana y consoladora, porque creyó que, aun en medio de las pruebas más duras de la vida, se encuentran corazones honrados y bondadosos, y porque trató siempre de hacernos amar esta existencia tal cual es y de alejar de nosotros las peligrosas quimeras que la hacen ver bajo aspectos inverosímiles y desconsoladores, procurando luchar contra el pesimismo á que tan aficionados se muestran muchos y muy famosos escritores modernos.

**

Jesús y la Magdalena, cuadro de Alberto Edelfeldt.—Encontrar una forma de expresión nueva para un asunto gastado es ya cosa meritoria para un artista; pero el mérito sube de punto si además de la originalidad se admiran en la obra de arte otras cualidades que demuestren el talento técnico del autor. Esto es lo que sucede con el cuadro de Edelfeldt: el arrepentimiento de la Magdalena, tal como este pintor lo ha tratado, presenta un aspecto de novedad que en nada afecta á los rasgos fundamentales de la tradición, y por otra parte, así las figuras como el paisaje están pintados de mano maestra.

**

Miseria, cuadro de Luma Flesch-Brunningen.—El mejor elogio que de este cuadro puede hacerse está en la impresión que sentimos al contemplarlo, impresión intensa, terrible, aplastante, de esas que dejan en el alma honda huella y que llegan á sobrecoger el ánimo. El sentido grupo que forman la madre y el niño, extenuados por las privaciones, la figura espectral de la Miseria que detrás de ellos surge, el tinte sombrío de la pintura, todo contribuye al efecto sorprendente del lienzo.

**

Guatemala pintoresca. Guatemala moderna. Composiciones y fotografías de Alberto G. Valdeavellano.—De verdaderas labores artísticas pueden calificarse estas dos obras del fotógrafo de Guatemala Sr. Valdeavellano: en la primera se representan varios tipos de indígenas, ruinas de templos, ídolos antiguos, es decir, los principales elementos que perpetúan el modo de ser de las gentes y de las costumbres primitivas de aquel país; en la segunda están reproducidos varios de los principales sitios, edificios, monumentos y quioscos de la capital. El contraste entre ambas composiciones, que sintetizan la Guatemala antigua y la moderna, es altamente curioso é interesante; y la habilidad y el buen gusto con que aparecen combinados los distintos componentes de las mismas honran á su autor, á quien felicitamos por sus bonitos trabajos.

Bellas Artes.—FIGALIA (Grecia).—El gobierno griego, que hace algún tiempo decretó la reconstrucción del Erecteión de Atenas, ha dispuesto recientemente la del templo de Apolo

de Figalia, la mayor parte de cuyo friso en mármol fué robada en 1812. Varios fragmentos esparcidos alrededor del arruinado monumento y los que se espera encontrar en las excavaciones que van á emprenderse, se conceptúan materiales bastantes para la realización del plan proyectado.

Teatros.—París.—Se ha estrenado con buen éxito en el Gymnase *Pepit Cadet*, vaudeville en tres actos de Enrique Pagat.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Amor de amar*, bellísima comedia en dos actos de don Jacinto Benavente; y en el Eldorado *El leoncillo*, cuadro histórico en tres actos y en verso de D. Juan Antonio Cavestany.

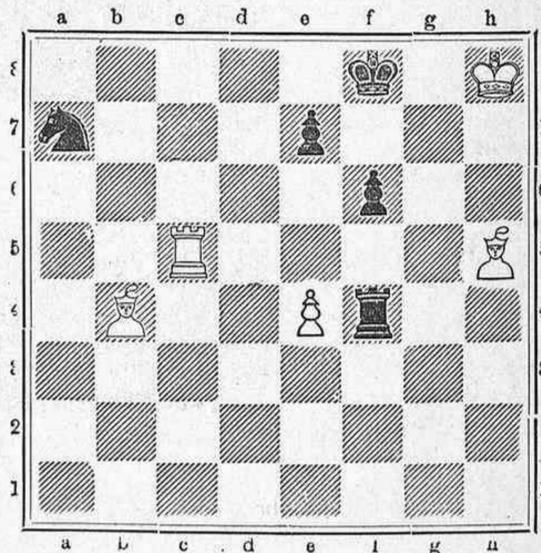
**

RECTIFICACIÓN.—El pintor Souza Pinto, autor del cuadro *Los calzones rotos*, que publicamos en el número 1.061 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, no es francés, como decíamos en la descripción de los grabados, sino portugués.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 284, POR W. GRIMSHAW.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 283, POR H. V. GOTTSCHALL.

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dc4-b4 | 1. Cualquiera. |
| 2. C ó D mate. | |

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

Pascualina tenía pocas ganas de reirse; pero seguía adelante, con la tranquila firmeza que debía á la educación y á los ejemplos de América. Mientras Candiac trabajaba con furioso ahinco, ella lo preparaba todo para su entrada en funciones de ama de casa y para la ceremonia nupcial, que había de verificarse en una humilde capilla del barrio.

La mañana en que abandonó la casa paterna, apoyada en el brazo de su padre, la muchacha suspiró, con una lagrimita en los ojos:

- ¿Cuándo volveré yo aquí?

- ¡Jamás!, le contestó Maugrabin furibundo.

Pero añadió en seguida, viéndola palidecer:

- Ya no tienes nada que hacer en el Building, pues lo vendí ayer y salgo de él mañana. Donde yo viva en lo sucesivo, la puerta estará abierta... para ti.

- ¿Para mí solamente?

El silencio reinó entre los dos. Se habían comprendido. Pero Pascualina dominó su pena. No quería que Candiac la viese llorar, cuando iba á unirse á él para siempre.

La ceremonia fué corta.

Maugrabin saludó á Candiac, sin hablarle, cuando, según la pintoresca habla inglesa, le «abandonó» su hija.

El marsellés, en el momento en que iban á subir al coche, metió en la bolsa de raso blanco que llevaba la novia el último dinero que ésta podía esperar de su padre: diez billetes de cien dólares cada uno.

Era toda la fortuna de la desposada, con la acción de la Compañía Francesa del Caucho, que había comprado tiempo atrás, á fin de que Emilio pudiese decir que «trabajaba para Pascualina.»

En tales condiciones, con un porvenir lleno de inquietudes, los recién casados no pensaron en viaje de boda. Aunque era ya casi un viaje el ir desde la capilla de un convento de Passy hasta la avenida Trudaine.

La alegría les embargaba demasiado para que echasen de menos la Engadina ó la Escocia, ni el servicio lujoso de su hotel, cuando se sentaron, uno enfrente del otro, en aquel pisito que Pascualina había escogido y alhajado, sin saber que trabajaba para sí misma.

- Espero, decía ella al día siguiente, que no seremos nunca bastante ricos para dejar este paraíso.

Pocos días después, obsequiaron con «una gran comida» á sus padrinos. Juntando dos mesas, Can-

diac llegó á hacer puesto para seis personas. Codoero y Popinot habían apadrinado á la novia, y los padrinos de Emilio habían sido el director de la compañía y el teniente Mugrón.

bias - es vigilar personalmente el asado, contestó ella riendo.

- ¡Cómo! ¿Sabe usted cocinar?

- Mi padre quiso que aprendiese, porque, decía él, una muchacha no sabe nunca lo que le espera. ¡Pobre papá!..

Suspiró, y todos comprendieron su pensamiento. Aquello era un concierto de suspiros. Popinot lo hizo notar, declarando que el anfitrión suspiraba más que nadie.

- Pero yo sé por qué, añadió. Suspira usted por el momento en que se marcharán los convidados.

Este momento no tardó en llegar. Una atmósfera de malestar pesaba sobre la reunión. En la avenida, los cuatro hombres se detuvieron un instante, hablando dos á dos. Codoero decía á Popinot:

- Hice, para venir á contemplar su dicha tan noble, un esfuerzo que no sospechan, ni tú tampoco. La vergüenza me abruma...

- ¿Te acuerdas todavía de aquella noche en que tu hijo... apresuró, sin quererlo, el matrimonio de Candiac? ¿Qué quieres? Tu hijo puede reclamar circunstancias atenuantes. No es el primer amante desdeñado que juega una mala partida á la bella desdeñosa.

- ¡Todo lo que mi hijo había hecho hasta ahora, es nada!.. Mi hijo se casa con una aventurera, amigo mío, y lo que es peor, con una aventurera rica. Esta tarde misma me ha notificado lo que él llama «su resolución irrevocable.» ¿Comprendes lo que acabo de sufrir durante esta comida, al contacto de esos dos seres tan nobles y tan buenos? Era una especie de adiós al honor y á la paz. Mañana va á empezar el asco y la amargura de todos los cálices preparados para mis labios. El día empezará con una ejecución: ¡voy á arrojar á mi hijo de mi casa!.. á menos de que escuche mi último llamamiento al respeto de su nombre.

- ¡Tú!, exclamó Popinot, más sorprendido que consternado. ¡Tú!... ¿Tú arrojarás á tu hijo?..

- ¡Sí, yo! Yo, ¡el gánapiro que durante treinta años se ha dejado dominar por su mujer! ¡Si les hubieses visto temblar, palidecer de espanto al oír lo que al fin tuve la energía de gritar!.. He podido ser estúpido, débil; todo he podido soportarlo mientras no se trató de manchar mi nombre. Pero veo de pronto el lodazal en que va á caer para siempre este nombre venerable... ¡Ah! Esta vez me he sublevado.



Esta vez su padre no pudo contenerse. Saltó del coche y corrió hacia ella

Los cuatro convidados habían enviado tantas flores á la señora de la casa, que ésta no tuvo necesidad de más para adornar la mesa.

Aparte de la joven pareja, Popinot era el único que presentaba un semblante exento de cuidados. Muy jovial desde el segundo plato, dió broma á Pascualina sobre sus buenos colores.

- El mejor colorete para las morenas..., es un buen marido.

- El mejor colorete de las morenas - y de las ru-

El bandido de mi hijo tiene doce horas para reflexionar. Si mañana persiste en su crimen, oírás la maldición paterna... ¿Comprendes ahora por qué suspiraba yo durante la comida?

— ¿Y tu mujer?

— ¿Mi mujer? Gritaba más fuerte que yo contra ese desgraciado á quien echó á perder. ¡A buena hora!..

Codoero se exaltaba cada vez más. Algunos transeuntes suspendían su marcha para observarle. Popinot, inquieto, le metió en un coche, y los dos amigos de la infancia marcharon hacia el Building, que el dueño, con la rapidez de acción que le era propia, acababa de vender y desalojar en el espacio de ocho días.

Mientras Bucilly se alejaba, completando á Popinot el relato de la primera reprimenda que había dado en su vida, Mugerón, vencido por emociones de otro género, se estremecía de angustia á las revelaciones del Sr. Ribeauval, director de la Compañía del caucho.

— Mi teniente, decía aquel buen sujeto, en quien el champaña aumentaba la sensibilidad natural, libreme Dios de otra comida como esta. ¿Ha visto usted á esos dos locos?.. Digo locos, y aún no digo bastante. Los manicomios están llenos de locos veinte veces más cuerdos que ellos.

— Lo cual no impide que esta noche sean muy felices.

— Sí, esta noche se les aparece como un océano de felicidades. ¡Pero mañana!.. Mañana, caballero, cuando ese pobre diablo llegue á la oficina, ¿sabe usted con lo que se va á encontrar?.. No he querido amargarle el placer de hoy. Pero dentro de unas cuantas horas le notificaré que el Consejo de Administración le manda otra vez á Africa. Le dan una buena plaza, eso sí. Pero se trata de reemplazar á un pobre muchacho, muerto en pocas horas de la fiebre hematórica. ¡Qué situación! ¿Irás solo Candiac? ¿Se llevará á esa deliciosa mujer?.. ¡Ay, caballero, cada bocado se me atragantaba!

— Si Candiac se niega á ir, ¿qué va á suceder?

— Nada, sin duda, sino que se echará encima una mala nota. Y entonces, ¡adiós aumentos de sueldo! Pues con lo que hoy gana, yo le desafío á que dé á su mujer más de lo estrictamente necesario. ¿Quiere usted saber lo que yo pienso de Maugrabin? Es una fiera.

— ¿Una fiera? No será tanto, dijo Mugerón despidiéndose de su interlocutor.

En su interior, había ya resuelto ir á hablar á Maugrabin en favor de Pascualina.

Al día siguiente, por la tarde, Candiac regresó á su casa descompuesto, llena la cabeza de preocupaciones.

Pascualina leyó en sus ojos el anuncio de una prueba que amenazaba su dicha. Interrogado, prorumpió en quejas.

— ¡No me hables de Compañías!.. Para ellas, un hombre no es más que una máquina. Con el pretexto de que he descansado seis meses — ¡bonito descanso! — quieren mandarme otra vez á Freetown.

Como digna hija de Maugrabin, la joven preguntó:

— ¿Con qué condiciones?

Las condiciones eran buenas. Su mujer lo hacía observar, cuando Emilio murmuró:

— ¡Claro! ¡Como me necesitan!..

— Eso es grave, dijo ella. Si verdaderamente te necesitan, una negativa de tu parte te hace desmerecer á los ojos del Consejo, que te la hará pagar.

Aquella noche fué para ellos muy distinta de la anterior; la pasaron enteramente en discutir sobre la menos mala de las soluciones. Pascualina estaba resuelta á partir.

— Llévate conmigo sería un crimen, decía Candiac.

— ¿Por qué razón? Viviríamos en una ciudad, porque Freetown es una ciudad; tú mismo lo has dicho.

— Sí, Freetown es una ciudad; pero ¡qué ciudad! Por toda vivienda encontrarías una cabaña de negros; por sociedad una manada de mulatas; por clima una estufa húmeda que en pocos meses te haría envejecer.

— ¡Más aprisa envejeceré lejos de tí!

Ya muy tarde, suspendieron la discusión, resueltos á consultar el asunto con la almohada. Pero la almohada no está hecha para dar consejos á dos esposos que se adoran. Al día siguiente, al separarse, nada habían resuelto. Candiac vió á su jefe y logró que le concediesen ocho días para tomar una resolución.

Al enterar á Pascualina del plazo concedido, le ocultó el mal efecto que aquella sola indecisión había producido, y le ocultó sobre todo la causa de la vacante.

— De todas maneras, tenemos ocho días para pensarlo. ¡Aprovechémoslos para amarnos!

El día siguiente al de la comida de casa de Candiac, Mugerón fué á encontrar á Maugrabin, que se instalaba en su nueva habitación de los Campos Elíseos.

— Caballero, le dijo sin más exordios, pasa algo que usted ignora sin duda. Su hija de usted se halla en peligro de muerte.

— Corro á su casa, dijo Pascal palideciendo.

Ya se había levantado de su sillón cuando el teniente le detuvo con un gesto.

— Quizá no es á su casa donde hay que ir desde luego. Escuche. Envían á Guinea al hombre cuyo nombre no se puede pronunciar en presencia de usted. Su mujer quiere ir con él..

— ¡Eso nunca! ¡Yo se lo impediré!

— ¿Está usted seguro de poderlo hacer? Franca- mente, lo dudo.

Pascal, repuesto de su emoción, concentraba toda su inteligencia en el fin práctico que había que conseguir. Un minuto le bastó para ver adónde tenía que acudir.

— Tiene usted razón, dijo al oficial. Ni Dios ni el diablo impedirían la marcha de Pascualina. ¿Sabe usted el nombre de la Compañía en que está empleado su marido?

Después de haber anotado los informes que le hacían falta, apartó de sí el *block-notes*. Ya se sonreía entreviendo un asunto divertido.

— ¡Gracias, caballero!, añadió. ¡Ah, esa gente se figura que la hija de un millonario de Nueva York va á arriesgar la vida por unas cuantas toneladas de su caucho!.. ¡Cualquier día!.. ¡No va á ser mala la lección que les voy á dar! En materia de *bluffing*, Pascal Maugrabin les da quince y raya. Supongo que es inútil recomendar á usted el silencio. La menor indiscreción trocaría los papeles.

— Esté usted tranquilo, dijo Mugerón retirándose muy sosegado á su vez, porque conocía al hombre.

— Es que quiero que usted me prometa no decir nada, ni siquiera á esos dos locos... que creyeron poder prescindir de mí. Media docena de noches de insomnio les servirá de experiencia.

— Le doy á usted mi palabra, prometió Mugerón. Nada les diré. Conozco yo alguien cuyos insomnios me mueven más á compasión que los de ellos.

Después de haber empleado la tarde en recoger informes sobre la *Sociedad Francesa del Caucho*, Pascal fué al restaurant de *Saint-Tropez*, donde había creído no volver en su vida. No tardó en ver llegar allí á Claudio Rastoul, con quien estuvo hablando misteriosamente durante dos horas. El marino retirado, mientras regresaba á su domicilio, se palpaba el cráneo, como para cerciorarse de que no había perdido el seso. Y palpaba también en el bolsillo un libro de cheques, hablando en voz alta por la calle:

— ¡Demonios! ¡Y qué fortuna ha hecho ese Maugrabin!

Dos ó tres días después, los administradores del *Caucho*, reunidos para preparar la próxima junta general, se enteraron, no sin alguna contrariedad, que un «grupo» compraba las acciones de la Sociedad «á puñetazos», doquiera podía adquirirlas.

Semejante maniobra, en vísperas de una junta de accionistas, da siempre que pensar á un Consejo de administración, porque indica generalmente un golpe de Estado contra los directores.

Después de medio día de investigaciones, se descubrió que el «portavoz» del «grupo» sospechoso se llamaba Claudio Rastoul; él era quien pagaba al contado los títulos adquiridos.

El Sr. Ribeauval, el mismo que había sido padrino de Candiac, se las arregló para avistarse con Claudio, explorando el terreno con el celo de un hombre que teme perder su situación.

— Desearíamos saber si nos encontramos en presencia de amigos ó de enemigos. ¿Tiene usted alguna proposición especial que presentar á la junta? Siendo así, á todos puede convenir una inteligencia previa.

Rastoul, que esperaba con impaciencia aquella visita, desempeñó su papel como buen marsellés. Además, estaba bien instruido por Maugrabin.

— No tenemos ningún proyecto misterioso, afirmó en un tono que parecía revelar, por el contrario, un gran misterio. Creemos que las empresas de ustedes son muy interesantes; y hasta ahora, nada prueba que estén mal dirigidas. Estudiamos la Memoria de usted antes de determinar una línea de conducta.

Todo esto, dicho en palabras pesadas y medidas, no dejaba de ser amenazador.

El director juzgó conveniente y útil conciliarse con «el grupo.»

— ¿Entra en las intenciones de usted obtener un

puesto en la Junta? Podríamos ponernos de acuerdo para la elección del candidato.

— No se trata aún de eso. Puesto que le veo animado de tal espíritu de conciliación, me será permitido pedirle á usted un favor sumamente personal. Tienen ustedes un puesto vacante en Freetown; ¿está ya provisto? En caso contrario, me permitiré proponer á usted mi candidato.

— Uno de nuestros empleados iba á partir. Pero celebraremos ver á su recomendado de usted, propuso el director, encantado de salir del paso á costa de tan poca cosa.

— Si el empleado de ustedes tuviese que perder un ascenso, yo retiro mi petición. Después de todo, ¿por qué no se lo había yo de decir á usted? Nos interesamos por Emilio Candiac.

— Siendo así, tenga usted la seguridad de que va á mejorarse la situación de ese joven. Queremos granjearnos las simpatías de nuestros nuevos accionistas. ¡Ojalá no encontremos en ellos más que amigos! Falta saber el nombre de su candidato para el Africa.

— Le tiene usted delante.

— ¡Cómo!, exclamó el director sin poder creer lo que oía. ¿Usted quiere ir á Freetown? Es... es una vida muy... muy nueva, para un hombre de su edad. El clima...

— Conozco Freetown, caballero. Allí pasé unos cuantos meses después de un nau... después de un incidente de viaje. En cuanto al clima, me tiene sin cuidado. He tenido la fiebre amarilla, tal como usted me ve, con un buen mazo de acciones de la Compañía en el bolsillo, concluyó Rastoul guiñando el ojo. Mi interés les responde á ustedes de mi celo.

— Me inclino, formuló precipitadamente el director. Irá usted á Freetown. El sueldo...

— El sueldo no ofrecerá dificultad. (Maugrabin había sido previsora). Otra condición, la última, pero rigurosa. Nadie, absolutamente nadie, fuera de nosotros dos, ha de saber nuestra conversación.

— Iba á suplicar á usted lo mismo, contestó el director. El prestigio de mi cargo se resentiría á la vista de mi personal. Después de lo que acabamos de hablar, creo que votará usted con nosotros... y por nosotros.

— Esté usted tranquilo. Enviaré personas que le seguirán á usted con los ojos cerrados.

Mientras tanto había transcurrido la semana concedida á Candiac para tomar una resolución; semana que fué, sin duda, la más terrible de su vida.

En la mañana del último día, se fué á la oficina, decidido á notificar á su jefe que estaba dispuesto á ir al Africa.

Pascualina había ganado el pleito, é iban á partir juntos.

Aquella mañana, al despedirse de su mujer, el infeliz no había podido reprimir un gemido:

— ¡Quién habría de decirme que llegaría un momento en que sintiese haberme casado contigo!

Ella le había empujado suavemente hacia la escalera, murmurando al mismo tiempo que le daba un beso:

— ¡No blasfemes!

Después de lo cual, Pascualina había escrito á su padre, manifestándole sus deseos de verle antes de partir para Freetown.

Al atardecer, esperaba, como todos los días, en el balcón, la vuelta de su marido.

Este apareció, casi corriendo, algo más temprano que de costumbre.

Un minuto después, como si los ascensores americanos fuesen conocidos en la avenida Trudaine, había subido los cinco pisos y se arrojaba en brazos de su mujer.

— ¡Qué alegría!, exclamó Candiac cubriéndola de besos. Nos quedamos. Ahora es el jefe quien no quiere que yo vaya á Freetown. ¡Ay, Pascualina! Me parece que, á la hora de partir, me hubiera faltado valor; no hubiera podido aceptar el sacrificio de tu vida, después de tantos otros. ¡Exponerte á morir! ¡Tú, mi dicha, mi esperanza, mi todo!..

— ¿No has caído en desgracia?, preguntó ella algo inquieta aún.

— ¿En desgracia? Al contrario. Me han prometido «una compensación.» ¡Una compensación por no ir á Freetown!.. Es tan chocante, que el excelente Ribeauval, viéndome próximo á reirme, sintió la necesidad de justificarse. «Señor mío, dijo con su aire oficial, no hago más que ejecutar las órdenes del Consejo de Administración.»

Aquella noche, bajo los artesones poco dorados del joven matrimonio, no se pareció mucho á las anteriores.

El día siguiente, que era domingo, lo pasaron deliciosamente en el campo, donde los frutos habían

sucedido á las flores, en la rica abundancia de fines de septiembre.

Nunca habían saboreado tan bien su dicha como durante aquel día, que les veía libres de una mortal angustia.

Después, su existencia volvió á seguir su curso laborioso.

Una idea amargaba la felicidad de Pascualina: su padre no había contestado á su carta. Guardó para sí aquella amargura; Candiac no había de ver más que sus sonrisas. Así es como una mujer que ama comprende la comunidad de la pena y la alegría.

De modo que el viejo Maugrabin continuó pasando, según su deseo, por un «hombre de bronce.»

XX

El nuevo propietario del Building quería amoldar en lo posible su adquisición á las exigencias del gusto francés, principalmente con la construcción de una escalera conforme á los usos del país. Negoció para obtener que sus inquilinos desocupasen sus habitaciones, lo que evitó á Beltrana el pago de dos trimestres de alquiler, en que había quedado atrasada en medio de tantas catástrofes.

El matrimonio Bucilly desapareció de la sociedad. Carlos había empezado las intimaciones legales para casarse con su «Providencia.» La señora de Mugerón y sus hijos menores pasaban las vacaciones en una finca de su propiedad. Norberto Leroy paseaba su gota por Italia. Popinot descansaba en sus montañas. A causa de su servicio, Mugerón, ascendido á capitán, se veía retenido en París. A principios de octubre recibió una carta de Pascualina, rogándole que fuese á su casa. No se habían vuelto á ver desde la «gran comida» de los padrinos.

Llegó, todavía triste, aunque se esforzaba por no parecerlo. Pascualina le reprochó el haber rehusado varias invitaciones de su marido.

—¿Así es como cumple usted su promesa de seguir siendo siempre nuestro amigo? ¿Sabe usted que he estado á punto de partir para Africa? Era cosa resuelta.

Mugerón no dijo nada, pero su fisonomía habló por él.

—¡Lo sabía usted!, exclamó Pascualina, y ¡no se movió! Es usted tan duro como mi padre, que ni siquiera ha contestado á mi carta. ¡Nunca creí que pudiese llegar á tenernos odiol..

Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Mugerón, incapaz de contenerse por más tiempo, le cogió las manos:

—Por primera vez en mi vida voy á faltar á una palabra dada. Pero no puedo verla á usted llorar, sobre todo cuando puedo hacer cesar sus lágrimas. Usted juzga mal á su padre. No la ha contestado, porque *sabía*, como yo, que no iría usted á Africa. Calcule que se ha gastado medio millón para retenerla aquí.

Mugerón describió entonces su entrevista con Maugrabin y las medidas tomadas por éste á fin de ser dueño de los destinos de Candiac. Pascualina continuaba llorando; pero esta vez sus lágrimas eran muy dulces.

—Vaya usted con cuidado, concluyó el capitán, porque su papá tendría derecho á llenarme de oprobio, si supiese que he hecho traición á su secreto. Finja usted ignorarlo todo. No espere usted que cambie su conducta con usted. No ha querido que su hija corra peligro de muerte; pero no cuente usted con su ayuda directa.

—No cuento con ella, dijo Pascualina recobrando la calma. Conozco á mi padre. Precisamente por esto supliqué á usted que viniera... sin que lo sepa mi marido. Necesito que me haga usted un favor, otro favor, puesto que ya nos prestó uno, ¡el mayor que podía hacernos el más generoso de los amigos!.. No echamos la casa por la ventana, como usted ve, puesto que me encuentra zurciendo los calcetines de Emilio. Sin embargo, le procuro una vida algo cómoda, pero tengo empeño en no tocar á nuestros fondos de reserva, que ascienden á cinco mil francos. Por consiguiente, yo también quiero ganar algo.

Mugerón abrió la boca. Pascualina, adivinando que iba á compadecerse de ella, le interrumpió con un gesto.

—Tiene usted, sin duda, entre sus conocidos alguna madre de familia que necesita una aya «para paseo,» es decir, una persona decente y bien trajeada, que vaya á buscar á los niños, á la hora convenida, y se entregue con ellos al deporte higiénico de la marcha. ¿No le parece á usted que yo serviría para el caso, sobre todo pudiendo hablar un idioma extranjero á los angelitos confiados á mi tutela?

—¿Sufriría eso Candiac?

—Candiac no sabría nada. En cuanto á mí, yo no puedo hacerme á la idea de que él sea el único que trabaje. Procure usted encontrarme una ó dos clientes, amigo mío.

—Todavía no conoce usted bien la Francia, dijo Mugerón con una sonrisa melancólica. No creo que ninguna de las señoras á quienes puedo hablar de usted admitiese mi desinterés, sobre todo después de haberla visto. El único medio sería encargar la cosa á mi madre. De ella no hay que temer ninguna pregunta embarazosa, porque hace tiempo que adivinó lo mucho que yo á usted la...

Mugerón la miraba, con el rostro alterado por una gran lucha consigo mismo.

—Sí, interrumpió ella; sé que usted me aprecia. El se inclinó sobre la mano que la mujer de Candiac le tendía.

—¡Ah!, murmuró, me muero de «aprecio» por usted.

Pocas semanas después, Pascualina *paseaba*, con condiciones relativamente ventajosas, dos encanta-



¡Viva Francia! ¿Estás contento ahora?

doras niñas de diez ó doce años. Para estas expediciones llevaba un espeso velo; pues con todo y estar orgullosa de trabajar para ayudar á su marido, no tenía ganas de que la conocieran.

Candiac, ocupado en su oficina todo el santo día, ignoraba la parte que había tomado su mujer en el equilibrio de los presupuestos. Una sola persona, aparte de Mugerón, estaba iniciada en el misterio: esta persona era Popinot, convocado, á su regreso del campo, por la señora de Candiac. Después de haber recibido confidencias de otro género, había exclamado con alegría:

—¡Por fin va usted á tener necesidad de mí! Soy médico de cabecera de la familia desde la primavera pasada, y todavía no le he tomado el pulso á su papá de usted, ni á su hija.

Popinot no solamente había permitido los paseos, sino que además los había aprobado. Sin embargo, anunciaba que antes de que llegase el verano, Pascualina tendría que despedirse de sus alumnas. Pero entonces podría continuar sus funciones de educadora á domicilio, por cuenta propia.

Un día Maugrabin vió á su hija, muy modestamente vestida, que andaba en compañía de dos niñas, cuyo traje elegante formaba contraste con el de Pascualina. Todo lo adivinó, y el orgullo herido, no menos quizá que la piedad paterna, le oprimió dolorosamente el corazón. Pronto dominó aquel movimiento de debilidad.

«¡Peor para ellos!, pensó. Lo dicho, dicho. Tenía edad de saber lo que se hacía.»

Sin ser visto, siguió al trío durante algunos centenares de metros. De pronto, sintiendo que la tentación de acercarse á Pascualina estaba á punto de vencer, subió á un coche que pasaba.

Desde entonces, cada vez que salía á la calle, no podía menos de buscar á su hija con los ojos.

Solo, en su inmenso piso de los Campos Elíseos, se aburría mortalmente, sobre todo desde que Claudio Rastoul había marchado á Freetown.

No le costó gran trabajo descubrir el nombre y las señas de las alumnas de su hija, y menos sus horas de salida. Seguirlas á pie de lejos, ó de más cerca detrás de las cortinillas de un coche, fué uno de los intereses de su vida; mejor dicho, no tenía otro. Admiraba á Pascualina, diciéndose con orgullo: «Ni más ni menos que el *pluck* de allá. Una verdadera americana no lo haría mejor.» Al mismo tiempo procuraba estar orgulloso de sí mismo. «¡Libertad para todo el mundo! Era libre de casarse con

Candiac. Por su parte, el viejo Maugrabin no es ninguna veleta. ¡Que se las arregle!»

Llegó el invierno; mas parecía evidente que la madre de las dos niñas no quería criarlas como plantas de estufa. Tanto si el tiempo era bueno cuanto si era malo, el paseo se verificaba.

Mientras tanto, el talle de Pascualina perdía su esbeltez... Maugrabin llamó á Popinot y le interrogó.

—Sí, sí, contestó el médico. Usted, el hombre libre por excelencia, no tiene más remedio que reconocer en esos muchachos la libertad de hacerle á usted abuelo.

Esta vez, el hombre de bronce fué acometido de una tos repentina que desde luego le impidió contestar.

—¿No teme usted que esos largos paseos?.. preguntó al fin.

—Soy partidario del ejercicio, en tales circunstancias, dijo Popinot. A una futura madre le conviene cansarse algo y alimentarse bien, cosa que puede hacer gracias al dinero que así gana.

—Doctor, no escatime usted las visitas. Todo corre por mi cuenta... Pero guárdeme el secreto profesional.

—¿Se figura usted que le cobro las visitas á un amigo como?.. ¡Dispense usted, iba á escapármese el nombre!

A principios de abril, el termómetro subió de repente. La temperatura se hizo pesada, casi tormentosa. Siguiendo un día á Pascualina y á sus alumnas, por uno de los paseos de los Campos Elíseos, Maugrabin observó por primera vez en su hija señales de fatiga y vió que se sentaba en un banco. Al proseguir su camino, se notaba que cada paso le costaba un esfuerzo. No pudo ir lejos sin sentarse de nuevo. Desde el fondo de su coche, presa de una angustia que jamás había experimentado, Maugrabin la espía, temeroso de que ocurriese una desgracia. Veía á su desdichada hija extenuada, llevarse las manos al pecho, mientras las dos niñas, con afectuosa piedad, la llenaban de caricias.

Pascualina, en presencia de aquella bondad de corazón, mostrada por personas extrañas, no pudo reprimir por más tiempo su angustia y se echó á llorar. Esta vez su padre no pudo contenerse. Saltó del coche y corrió hacia ella.

—¿Quieres matarte?, gritó fuera de sí.

—Creí ser más fuerte, contestó Pascualina; veo que es preciso renunciar al trabajo en adelante.

Enjugábase las lágrimas, llena de sorpresa, hasta un poco asustada de la ruda voz de su padre.

Este la contempló un momento, sacudido por la agitación de una lucha interna.

«¡Abuelo!»

Acordábase de las palabras de Popinot.

Pascualina volvía á llorar silenciosamente, dándole golpecitos en la mano, como hacía tiempo atrás, cuando estaba muy enfadado.

Viendo que las niñas contemplaban la escena con asombrados ojos, les dijo ella, procurando sonreírse:

—Nada temáis, es mi papá. Porque yo también tengo un papá.

Las dos sílabas infantiles terminaron la derrota de Maugrabin.

—¿Un papá? No; un viejo loco, exclamó, próximo á sollozar... Pero basta de tonterías. ¡Vamos!

Quería hacerla subir al coche, sin tener en cuenta que cuatro personas no cabían.

—Padre, ¿piensa usted que voy á abandonar á estas criaturas que me han sido confiadas?..

En aquel momento, Maugrabin no pensaba en las criaturas de los demás. Ahogó entre dientes una exclamación inglesa, porque si algún *terno* echaba solía ser en este idioma. Luego, con esa energía de voluntad que le había hecho quince veces millonario, buscó el medio de salir del apuro.

Pasaba un landó particular, afortunadamente vacío. Con la agilidad de un joven, echóse á la cabeza de los caballos.

—¿Cuánto quiere usted por llevar á mi hija enferma hasta mi casa?, gritó al cochero.

Indignado de semejante proposición, no menos que de la violencia con que era acompañada, el cochero contestó:

—¿Va usted á soltar mis caballos?.. ¡No creo que mi coche parezca de alquiler!

—Por eso no lo pago como tal. ¡Cien francos la hora! ¿Convenido?

La indignación se había evaporado; pero el cochero vacilaba todavía. Arriesgaba su empleo.

—Les dirás que la mujer se había desmayado y que la tomaste por compasión, le murmuró el lacayo. Sabes que á la señora le gustan estos lances.

—Pago adelantado, añadió Maugrabin echando mano de la cartera.

El landó fué á detenerse desde luego delante de la casa en que vivían los padres de las dos niñas. Pascualina quería apearse; pero su padre se lo impidió.

El mismo entregó las niñas en manos de su madre, con explicaciones que ésta hubiera comprendido más fácilmente si el que las daba se hubiese encontrado más tranquilo.

Maugrabin volvió á subir al coche, que continuó á trote largo para meterse pronto en el ancho portal de una casa de los Campos Elíseos.

Pascualina, que había hecho el trayecto sin ver nada, á excepción del rostro de su padre, sentado á su lado, pareció despertar de un sueño.

— ¿Dónde estamos?, preguntó.

— En mi casa. Ya sabes que dejé el Building.

— ¡Padre mío, perdóneme si le parezco ingratal! Pero... no puedo abandonar á mi marido... y menos ahora.

— ¡Vente por de pronto! Tengo teléfono en casa. Candiác estará aquí dentro de un cuarto de hora.

— Es que... no le he dicho que yo ejerza el oficio de aya.

— Le dirás al mismo tiempo que yo te prohíbo continuarlo. Tu oficio me cuesta demasiado caro. ¡Y el suyo! ¡Si supiese lo que me he gastado para que no vaya á Freetown! ¡Mil diablos! Con vuestra manera de ganar dinero, me hubierais arruinado en menos de seis meses.

Candiác no tardó en entrar, fuera de sí, temiendo toda clase de desgracias. Tranquilizóse pronto, viendo á Pascualina sentada á la mesa, delante de una merienda copiosa.

— Muchacho, le dijo Maugrabin, te he demostrado siempre que soy un hombre de bronce. No vayas á figurarte que me he convertido en un monigote de hoja de lata, que gira al menor viento. Juré solemnemente que mi sobrino sería siempre un extraño para mí.

— ¿Entonces?.., preguntó Candiác suspendiendo los besos que daba á su mujer.

— Pero, bien mirado, nada juré por lo que toca

á mi yerno. ¡Abrazame! El susto ha sido demasiado grande. La casa bastará para tres... y hasta para cuatro.

Candiác se dejó abrazar por Maugrabin; pero conservaba el aire un poco arisco de un hombre que no puede olvidar ciertos resentimientos.

— ¿Quieres satisfacciones?, dijo el viejo. Voy á dártelas en una sola palabra. ¡Viva Francia! ¿Estás contento ahora?

Emilio Candiác estrechó en sus brazos al hombre que lo había criado.

— Papá, le dijo; no concibo mayor dicha para una criatura humana. Sin embargo, cuento en mi existencia un día más feliz que éste.

Viendo que Maugrabin no adivinaba, añadió:

— El día en que su hija se hizo pobre por mí.

Y arrodillándose junto al sillón de Pascualina, murmuró:

— ¡Amor mío!.. ¿Te acuerdas?

FIN

LA MONTAÑA DE SAL EN CARDONA

A diferencia de los famosos yacimientos de sal gema de Bochnia y Wieliczka (Galizia) y de Berchtesgaden (Baviera), cuyas profundas galerías son todos los años visitadas por millares de turistas, las salinas de Cardona están enteramente explotadas al aire libre y solamente son frecuentadas por un pequeño número de curiosos. Y sin embargo de esto, son una de las maravillas naturales de Europa y su acceso no tiene nada de difícil. El viaje desde Manresa es relativamente fácil y el permiso para visitar las salinas, que son propiedad del duque de Medinaceli, se logra allí mismo, sin otra formalidad que la compañía de un vigilante muy pintorescamente vestido y armado de un viejo fusil destinado, según parece, á espantar á los merodeadores que incurriesen en la tentación de robar la útil substancia.

La montaña de sal de Cardona, que así se la llama ordinariamente, no lleva un nombre engañoso: en el fondo de un valle tributario del Cardoner, que á su vez lo es del Llobregat, y al pie de una roca escarpada sobre la que se levanta, á 450 metros sobre el nivel del

mar, la débil pero pintoresca fortaleza construída por Carlos V, las erosiones atmosféricas han puesto al descubierto una masa enorme de sal pura. En un anticlinal practicado en medio del terreno eoceno, la masa de sal gema aparece primero cubriendo los dos flancos del valle y luego cerrando completamente el fondo del mismo (fig. 2), en una altura vertical de 80 á 150 metros; el contorno del plano al nivel del suelo mide un desarrollo de cuatro á cinco kilómetros. Se ignora, sin embargo, la verdadera extensión del yacimiento, lo mismo en dirección horizontal que en profundidad, y la explotación, que se hace, no en galerías, sino al aire libre y en la misma montaña, ó por medio de pozos verticales abiertos en gradas (fig. 3), no ha llegado todavía al límite del yacimiento, á pesar de que data de una remota antigüedad, puesto que ya Estrabón la menciona.

Por no haberse encontrado fósiles en las capas arcillosas intercaladas, no están de acuerdo los hombres de ciencia acerca del origen y de la edad de la salina de Cardona: D. L. M. Vidal, ingeniero de minas, cree que es terciaria, á consecuencia sobre todo de la concordancia de estratificación y de la analogía de los pliegues y acantonamientos que existen entre las capas de sal y los bancos de yeso, margas y maciños oligocenos; las formaciones de la sal en ángulos muy agudos son, en efecto, en extremo sorprendentes y están en absoluto subordinadas al gran accidente anticlinal que trastornó toda la región; M. Carez, por el contrario, se inclina á creer

que la sal es triásica, porque encuentra que los pliegues están mucho menos acentuados en las capas oligocenas que en las de la masa salina y también á causa de la localización de la sal. Los Sres. Bergeron y Deperet comparten esta opinión, al paso que los

boffas se manifiestan también hacia arriba en los terrenos yesosos y arcillosos que cubren una parte de la masa de sal, podría ser que el origen del arroyo subterráneo hubiera de buscarse á cierta distancia más atrás, en alguna pérdida ignorada de la corriente externa. De todos modos, Cardona presenta un tipo completo de grutas de *disolución*, caso especial y bastante raro del origen de las cavernas, puesto que sólo se observa en los terrenos de yeso y de sal gema, cuya solubilidad da la preponderancia á la acción química del agua, á la *corrosión* que *come* y derrite la roca como azúcar (Eisleben y Mansfeld en Turingia, balsas de Meurthe-et-Moselle; desmoronamientos de Cheshire, embudo de Ain-Taiba, Sahara, en cuanto á la sal; campanas de las canteras de Taverny y Montmorency; Krauss, gruta cerca de Gams en Estiria, etc., en cuanto al yeso).

Por otra parte, la continuidad y la facilidad de la disolución modifican constantemente la forma tanto interior cuanto exterior de los acueductos subterráneos de la montaña de sal de Cardona,

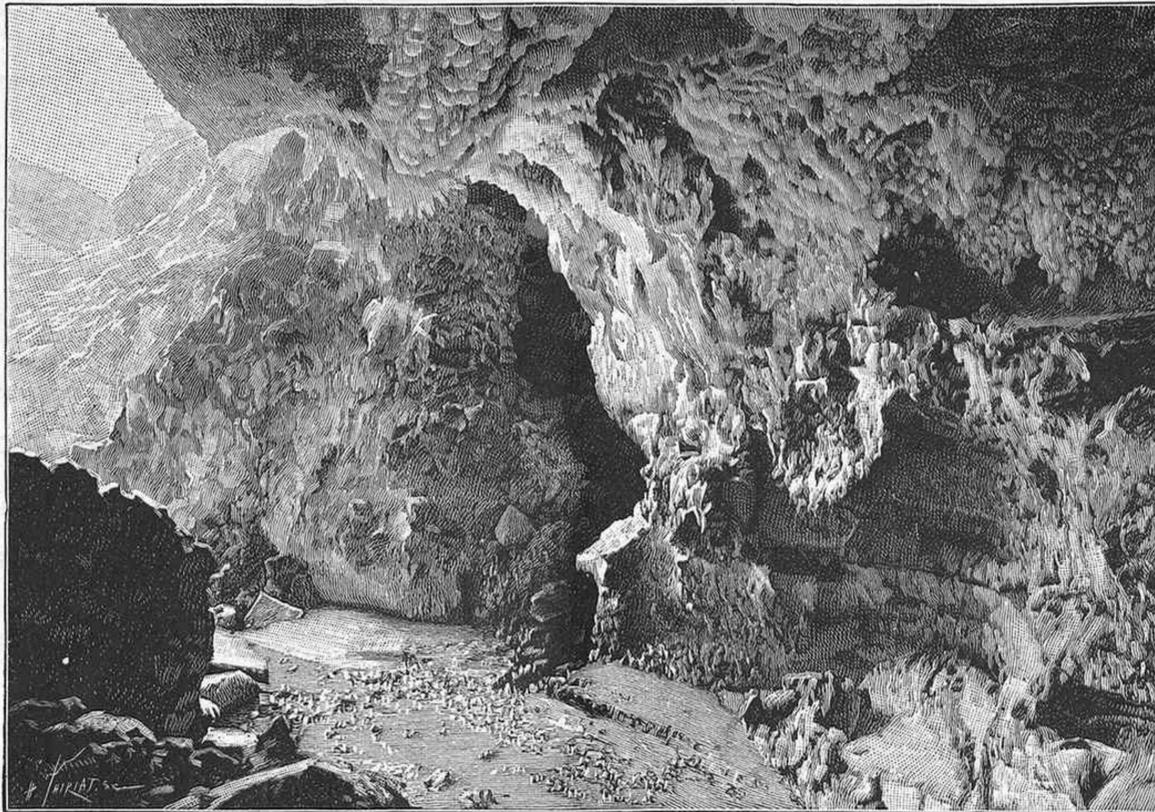


Fig. 1. — Gruta natural formada debajo de la montaña de sal de Cardona

Sres. Dollfus y Stuart Menteth opinan como el señor Vidal. La cuestión sigue en pie.

De todos modos, la particularidad más notable del yacimiento de sal de Cardona es un régimen hidrológico que ha producido en él verdaderas grutas naturales: un arroyo subterráneo circula por el interior de la masa, provocando en ella con mucha frecuencia, á causa de los desmoronamientos interiores á costa de la sal, derrumbamientos que repercuten hasta en la superficie del yacimiento en forma de embudos cónicos llamados *boffas*: en la cima de la gran muralla de sal que cierra el valle, toda la superficie de la montaña está llena de excavaciones de este género que le dan el aspecto de un ventisquero grietado, especialmente en aquellas partes en donde la sal se conserva muy blanca. Pero allí donde la arcilla ha introducido zonas listadas, ó fajas rojas, amarillas y negras, la configuración caótica, los contornos y los colores matizados del yacimiento hacen de él una escena fantástica, absolutamente indescriptible cuando el sol ilumina con irisaciones imprevistas los millones de facetas de la roca de sal. Si colocándonos de espaldas al marco exterior del yacimiento fijamos la vista únicamente en las boffas, sentimos la expresión de algo ultraterrestre que con nada puede ser comparado. El espectáculo es único é inolvidable.

Créese que esta circulación de agua por debajo de la montaña de sal procede de las lluvias y escorrentías infiltradas en su parte superior; pero como las

exactamente como en las raras grutas de fusión que se han observado en ciertos glaciares (Arolla, Valais, Ruens-Brae, Noruega, etc.). En 25 de abril de 1901 no había más que una gruta visible en Cardona; el arroyo que de él sale á la temperatura de 13° 2 centígrados y salado hasta la sobresaturación, por supuesto, no ha abierto allí un túnel muy ancho (dos á cuatro metros de diámetro) Ignórase su extensión, porque la frecuencia de los desmoronamientos resultantes de la inconsistencia de las paredes y del suelo y del trabajo de disociación de la sal por la humedad, hace muy peligrosa, por no decir imposible, toda tentativa de exploración profunda: la longitud de 1.500 metros que algunos le han atribuído, es ciertamente exagerada y no resulta de ningún dato serio. He podido, sin embargo, fotografiar por medio del magnesio el interior del *canal de sal* (fig. 1), cuya bóveda está llena de verdaderas *estalactitas* de sal, formadas, como las de calcita de las cavernas calizas, por las infiltraciones que penetran en las quebras de la masa salina.

Hacia abajo, el mencionado arroyo serpentea, siempre entre sal, á través de las ruinas de otra gruta recientemente desmoronada y de la que únicamente quedan dos ó tres puentes naturales en bloques de sal.

Mucho después de haber recibido el arroyo á la salida del valle, el Cardoner todavía contiene gran dosis de sal.

En el exterior, la montaña sufre también los des-

gastes producidos por la lluvia, existiendo absoluta semejanza entre las regueras anchas y profundas de algunos milímetros unas y de muchos centímetros otras, que los hilos de agua abren paralelamente y contiguas unas á otras en toda la altura de los escarpes salinos, y las ranuras de corrosión análogas que aguas subterráneas muy cargadas de ácido carbónico ó húmico han practicado mucho más lentamente en los suelos ó paredes de ciertas grutas, por ejemplo en el Tindoul de la Vayssiere (Aveyron) y en Adelsberg (Austria).

Es muy notable ver que el proceso de la acción química no

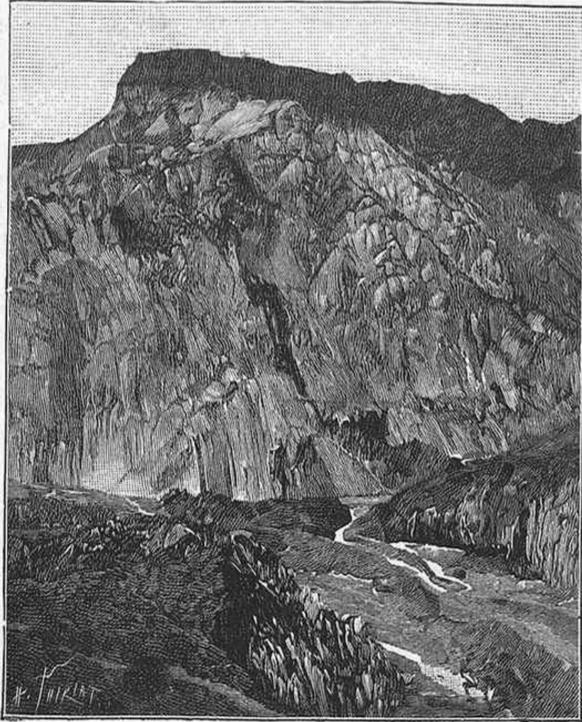


Fig. 2. - MONTAÑA DE SAL DE CARDONA
Gran muralla en el fondo del valle

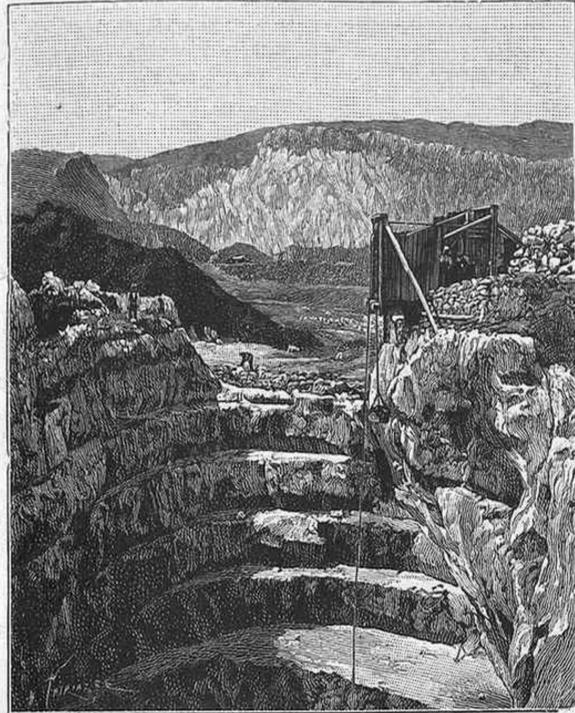


Fig. 3. - MINAS DE SAL DE CARDONA
Explotación por medio de pozos á cielo abierto

difiere más que por la duración, no por la forma, ejercida sobre rocas de tan distinta resistencia como la sal de una parte y de otra la caliza tan compacta.

En Cardona, el conjunto de estos surcos de corrosión da á las paredes el extraño aspecto de una pasta blanda sobre la cual hubiesen impreso las huellas de sus púas inmensos rastrillos, no siendo esta una de las menores extrañezas de aquella prodigiosa localidad, digna bajo todos conceptos de ser visitada, no sólo por los hombres de ciencia, sino que también por los simples aficionados á curiosidades y maravillas.

E. A. MARTEL.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ia} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Venta anual de los Productos Nestlé
39 millones de botes.
Harina Lacteada NESTLÉ
ALIMENTO COMPLETO para Niños y Viejos.
Contiene la Leche pura de Suiza.
Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

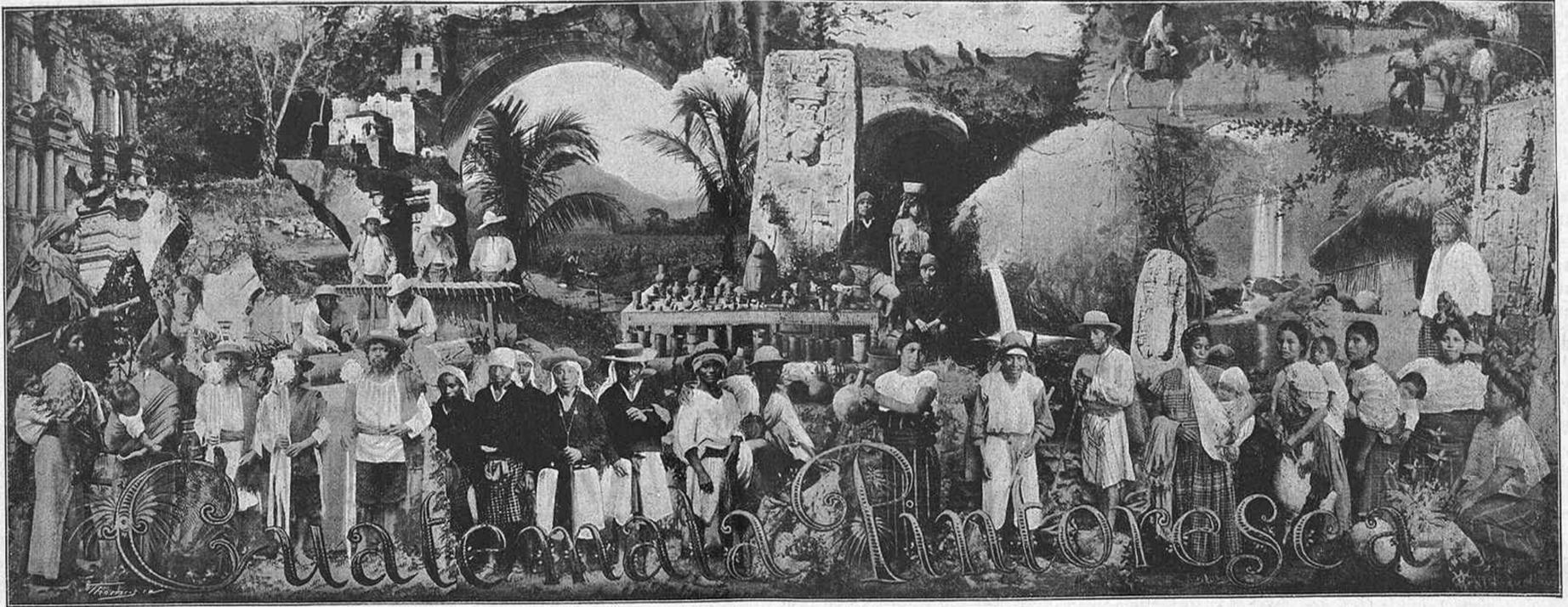
GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO : 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

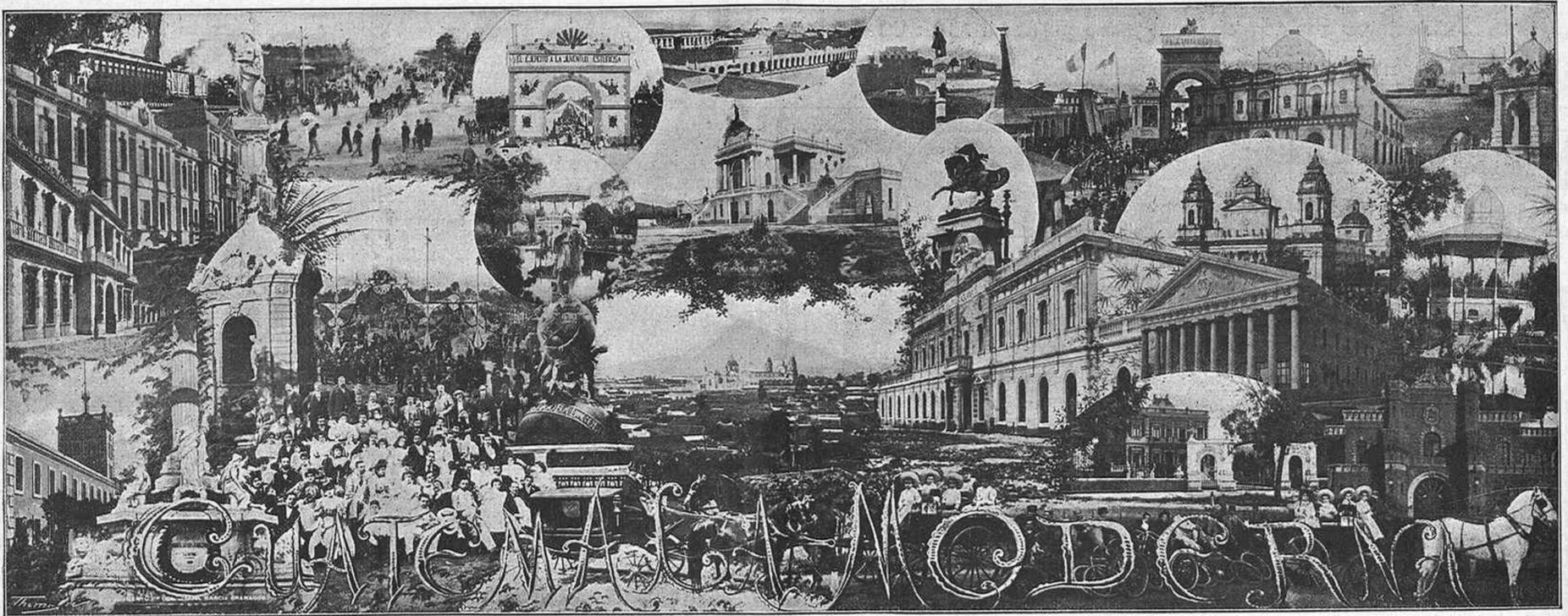
ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVOLE, DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



GUATEMALA PINTOESCA, composición y fotografía de D. Alberto G. Valdeavellano, de Guatemala



GUATEMALA MODERNA, composición y fotografía de D. Alberto G. Valdeavellano, de Guatemala

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



PÍLDORAS
MOUSSETTE
*Neuralgias,
Jaqueca,
Ciática.*

CLIN y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.
650

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.